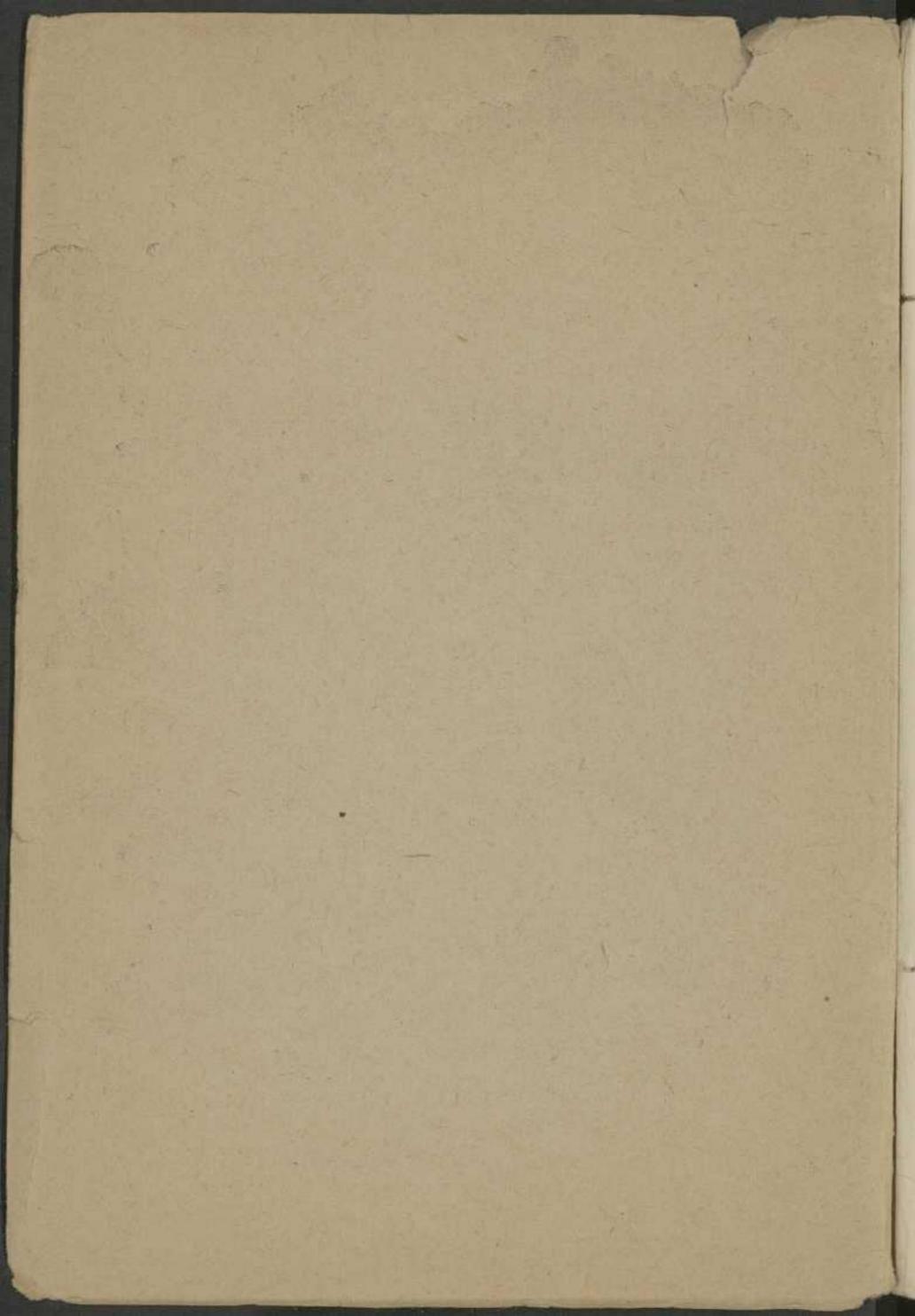




LINARES RIVAS

LA RAZA





B.P. BURGOS
N.R.
N.T. 7658563.
C.B. 74506640

26535

LA RAZA

BIBLIOTECA PÚBLICA
DE
CASTILLA Y LEÓN Y
AUTONOMÍAS ESPAÑOLAS
Pl. G. Molle, 24-26
Tfno. (947) 26 6
09008 - BURGOS (Esp.)

B. Pública de Burgos



74506640 26535

Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la Ley.

*A la Marquesa de Casa Maury, en cariñoso
recuerdo de mi estancia en París, te dedico
esta obra; acéptala. Tu hermano,*

Manolo.

BIBLIOTECA SIMBOLICA
DE
CASTILLA Y LEÓN Y LIS
AUTONOMAS ESPAÑOLAS
c/ G. Mola, 24-26-54m
Tfno. (547) 26 67 54
08002 - BURGOS ESPAÑA

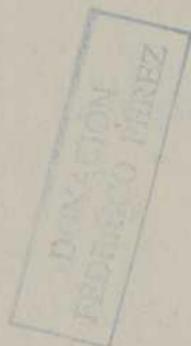
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637

MANUEL LINARES RIVAS

LA RAZA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenada la noche del 30 de Abril de 1911
en el Teatro de la Princesa



PRENSA POPULAR

CALVO ASENSIO, 3.—MADRID

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

CONSTANZA DE FUENTIOÑORO, MARQUESA DE DOÑINOS.	María Guerrero.
ANGELA, DUQUESA VIUDA DE AZARAL.	Cancio.
CLARA, CONDESA DE EGUIZA.	Bárcena.
CRIADA	
ISMAEL DE LA PEÑA	F. Díaz de Mendoza
DIEGO DE FUENTIOÑORO	Thuillier.
EL CONDE DE EGUIZA, LEOPOLDO DE FUENTIOÑORO	Vargas.
AUGUSTO, DUQUE DE AZARAL	Cirera.
EL SEÑOR DE LAS TORRES.	Medrano.
DON INOCENCIO.	Carsí.
JUAN MANUEL, CHARRO VIEJO	Mesejo.
PEDRO, OTRO CHARRO.	Urquijo.
CRIADO 1.º	
CRIADO 2.º	

LA ACCION EN SALAMANCA.—ÉPOCA ACTUAL

DERECHA E IZQUIERDA LAS DEL ACTOR



ACTO PRIMERO

El jardín de la casa de los duques de Azara, en Salamanca. A un lado la entrada con su escudo sobre el portón; a otro, la capilla, foro, árboles. Es en Octubre, por la mañana, con sol.

ESCENA PRIMERA

ÁNGELA, AUGUSTO y DON INOCENCIO sentados a izquierda; DIEGO a la derecha tomando su p
cillo de chocolate en una mesita volante.

ANGELA

¿Cuándo aprenderás a desayunarte a la h
de todos?

DIEGO

¿De todos...? Supongo, querida prima, que
el chocolate que tú has tomado no te hará creer
que se desayunó don Inocencio.

ANGELA

No puede, por la Misa que dirá luego.

DIEGO

Y yo, por el sueño que tuve antes.

ANGELA

Es contra conciencia obligar a este buen se-
ñor a que pase la mañana en ayunas.

DON INOCENCIO

Por Dios, señora Duquesa, no se preocupe
de mi humilde persona...

AUGUSTO

Gracias a que el señor Capellán tiene una sa-
lud de hierro.

DIEGO

El cura y yo somos los dos mejores mozos de Salamanca. Y todavía, poniéndonos el cinturón de cuero, si hay que echarle mano a un toro y derribarlo por tierra, o lanzar la barra a veinte metros, no nos quedamos atrás ni tú ni yo. ¿Es verdad, cura?

DON INOCENCIO

Respetuoso.

Usted más que yo.

DIEGO

Levantándose.

No me digas eso, ¡porra!, que aún no hace tres días...

ANGELA

Severa.

¡Diego! Ni la porra está bien aquí, ni es decoroso que tutees al señor Capellán.

DIEGO

Sorprendido.

¿Le he tuteado...?

ANGELA

Sí.

DIEGO

A Inocencio.

Pues dispensa.

AUGUSTO

De esto no se curará. A grandes y a chicos, amigos o desconocidos, a todos les larga el tú por tú, y ellos que contesten como les parezca.

ESCENA II

DICHOS, JUAN MANUEL Y PEDRO por la derecha.

JUAN MANUEL

Alabado sea Dios. ¿Hay licencia, señor amo?

AUGUSTO

Pasa, Juan Manuel. ¿Qué hay...

JUAN MANUEL

Este, que pide venia para una palabra.

Por la derecha viene CONSTANZA seguida de una criada, con una cestita de flores, y ambas entran en la capilla.

AUGUSTO

¿Qué ocurre, Pedro...?

PEDRO

Pues a dar gracias a todos. Empezando por la señora Duquesa.

ANGELA

¿Está ya bien la chica...?

PEDRO

Comparada con antes, sí, señora. Por lo de hoy no podemos decir que sea un lucero...

AUGUSTO

Explicándolo.

¿Que está mejor...?

PEDRO

Eso es. Y de paso, venía a ver si la señora perdonaba la renta de este año, que fué malo, y con el convalecer de la chica no podremos ir adelante si vucencias apuran.

ANGELA

Cada uno debe cumplir sus obligaciones, Pedro, que para eso estamos en el mundo.

PEDRO

Para bien poco estamos...

ANGELA

Y tú si no pagas y yo si no cobro, los dos faltamos a nuestros deberes.

PEDRO

Pero la falta de vucencia no es tan grande... y bien se la puede contar entre las veniales.

ANGELA
En fin, sobre mi conciencia irá. Os perdono...

AUGUSTO
Protestando.

Madre.

ANGELA
Severa.

Y el señor Duque también.

PEDRO

Dios se lo pague.

ANGELA
¿Quieres tú algo, Juan Manuel?

JUAN MANUEL
Pues una novedad de las de así, así. Que la vaca *Pintada* se muere.

ANGELA
Que compren otra.

JUAN MANUEL
Y el profesor veterinario dice que...

ANGELA
No me interesa.

JUAN MANUEL
Estuvo toda la madrugada observa que te observa, pero por lo visto no observó bastante.

ANGELA
Que compren otra, si hace falta, y hemos terminado.

JUAN MANUEL
Eso haré. Con su permiso, señor amo...

Mutis por la derecha JUAN MANUEL y PEDRO.

DON INOCENCIO
¡Qué lástima! Un animal tan lindo y que daba treinta cuartillos.

DIEGO
Que le quitaban treinta cuartillos.

ANGELA

Tú no entiendes de eso.

DIEGO

No. Pero esta opinión no es mía: es de la vaca

AUGUSTO

No has hecho bien en condonar esa renta, madre.

ANGELA

Total son tres mil reales que no suponen nada en nuestra fortuna y para ellos es la salvación. Y tú, Augusto, modérate un poco; no es delicado que me corrijas delante de extraños.

ESCENA III

DICHOS: TORRES, de la casa.

TORRES

¿Cómo vamos, señora duquesa viuda de Azaral...?

ANGELA

¿Y usted, señor de las Torres...? ¿A oír nuestra Misa?

TORRES

Que es sordo.

¿Eh...?

ANGELA

¿A oír la misa?

TORRES

¿Cómo...?

AUGUSTO

Que si viene usted a Misa.

TORRES

Sí, señor. A oír la Misa.

DIEGO

Pues ya puedes desgañitarte, cura.

- TORRES
¿Y los demás de la casa?
- AUGUSTO
Perfectamente. Tenemos una pequeña contradicción con la vaca *Pintada*, que ha enfermado.
- TORRES
¿Enfermado...? ¿Quién...? ¿Constanza...?
- ANGELA
No.
- TORRES
¿Clarita...?
- DIEGO
¡No! La vaca.
- Imitando el mugido.
El muuu...
- TORRES
Ah, eso es otra cosa.
- AUGUSTO
Sí, señor.
- TORRES
Lo esencial es que ninguno de la familia...
- ANGELA
Siéntese.
- TORRES
Vengo de felicitar a Pepe Fernández.
- ANGELA
¿Quién es?
- TORRES
Aquel contratista de obras públicas a quien le tocó el premio gordo de la Lotería de Navidad hace años.
- AUGUSTO
¿Le ha vuelto a caer algo?
- TORRES
Le concedieron el título de Conde de los Siete Picos.

ANGELA

Escandalizada.

¿A Fernández...?

DIEGO

Pues si mis noticias no fallan, el título le va a resultar de ocho picos lo menos; siete que le dan y uno que le ha costado.

ANGELA

Sorprendida.

¿Vendido?

DIEGO

No, no. Fueron demostraciones previas de gratitud.

TORRES

Cuando le he visitado estaba ya en conferencia con el Arquitecto para poner el escudo en la fachada.

ANGELA

¿Pero qué armas tiene ese hombre...? ¿Qué va a poner en los cuarteles de ese escudo...?

AUGUSTO

No sé...

DIEGO

Para uno ya le dí yo la idea. Que ponga, en campo de gules, un décimo de Navidad.

ANGELA

No trates en broma estos asuntos; te lo suplico, Diego.

ESCENA IV

DICHOS: CONSTANZA sale de la capilla; recoge cartas y periódicos de un criado que vendrá por la derecha.

TORRES

Adelantándose a saludarla

Marquesita de Doñinos...

CONSTANZA

Señor de las Torres...

Repartiendo el correo.

Para tí, abuela; para tí, padre. Y un telegrama.

ANGELA

¿Estará peor el tío Sebastián?

DIEGO

Ya va siendo hora. Setenta años, un puñado de millones... y un puñado de gente aguardando para heredar.

DON INOCENCIO

¿No es soltero D. Sebastián?

DIEGO

Y de un soltero rico, toda la humanidad se cree pariente.

AUGUSTO

Está mejor: no es menester que vaya nadie

ANGELA

Díselo a Leopoldo, que estaba ya preparando el viaje.

DIEGO

Díselo... pero con precauciones. Hay mejoras que siempre trastornan.

ANGELA

¡Esta no es de esas!

DIEGO

Lo iba a decir yo también.

CONSTANZA

A la criada que sale de la capilla.

Antonia, recoja esto.

La criada recoge el servicio del desayuno.

TORRES

¿Ha leído usted *La Mañana*?

DIEGO

No. ¿Qué dice...? ¡¡Qué dice!!

TORRES

Yo tampoco la he leído. Lo preguntaba por si decía algo...

CONSTANZA

¿Y los pequeños?

Haciéndoles seña de muy bajos.

TORRES

¿Los sobrinitos...? Bien.

CONSTANZA

Haciéndole seña de muy grande.

TORRES

¿Los hermanos...? Bien.

DIEGO

Haciéndole seña de unir y separar.

TORRES

El acordeón...? Ya no lo toco.

DIEGO

¡Gracias, en nombre de los vecinos.

AUGUSTO

Constanza, recuerdos de Pepa Cáceres.

ANGELA

También me escribe, muy contenta de la Miss que le mandamos.

AUGUSTO

Igual me dice el marido: que ha llegado la Miss, que es muy guapa, que los chicos adelantan mucho, y que él mismo, Carlos, a pesar de su torpeza para los idiomas, adelanta mucho con esa Miss.

DIEGO

Practicando: la mejor manera.

ANGELA

¿Y esas cartas?

CONSTANZA

Para Ismael.

AUGUSTO

Recibe él solo más correspondencia que todos nosotros.

ANGELA

Y seguramente la despacharía más a gusto en Madrid.

DIEGO

Indirecta número treinta y seis.

AUGUSTO

Si he traído a ese caballero, mis razones tendré.

ANGELA

Nadie te las pregunta.

CONSTANZA

Para los pobres ha sido una bendición esta visita. Gracias a él quedarán este año terminadas las obras del Asilo de Incurables: nos dió treinta mil pesetas.

ANGELA

¡Y te atreviste a pedir dinero a un impío para una obra santa!

CONSTANZA

Con dulzura.

Abuelita, Ismael no es impío.

ANGELA

Te digo yo que sí.

CONSTANZA

Y yo que no. Los que practican la caridad son tan virtuosos como los que la predicán, por lo menos.

DIEGO

Aplaudiendo.

¡Bravo! Ahora, que si digo yo eso hay un cacatismo.

TORRES

¿Qué ha sido...? ¿Qué ha sido...?

Un cañonazo. DIEGO

¿Dónde? TORRES

Sabe Dios... DIEGO

CONSTANZA

Acariciándola zalamera.

Déjame estar contenta en nombre de mis padres.

ESCENA V

DICHOS: CLARA y LEOPOLDO, de la casa

LEOPOLDO

Besándola la mano.

Buenos días, abuela.

ANGELA

¿Os parece hora de levantaros?

CLARA

Prima Constanza...

CONSTANZA

Prima Clara...

LEOPOLDO

Hola, tío.

AUGUSTO

Hola, Leopoldo. El tío Sebastián...

LEOPOLDO

Con ansia.

¿Qué...?

AUGUSTO

Está mejor.

LEOPOLDO

Grave.

Lo celebro.

DIEGO

Aparte a TORRES.

Ya dije yo que le impresionaría.

TORRES

¿Cómo? ¿Cómo?

DIEGO

Nada. Usted es el único que guarda bien los secretos.

La criada, por la derecha, con unas flores, llama: ¡Señorita...! y CONSTANZA, mutis por la capilla.

TORRES

¿Cuidando siempre de la casa de Dios...?

CONSTANZA

Concede tantas prosperidades a la nuestra que no hago nada de más atendiendo un poco a la suya.

Mutis ahora.

TORRES

Y usted, Condesita de Eguiza, disponiendo ya su viaje a París...? No estuve nunca, pero creo que es...

CLARA

¡Precioso!

TORRES

Escandaloso; sí, señora. Celebro coincidir con tan discreto parecer.

CLARA

Yo también.

TORRES

Ahora quizá vaya. Tiene que ir un sobrinito de veintidós años, y para que solo no se pierda.

CLARA

¿Van ustedes a perderse los dos?

TORRES

Gracias a Dios, sí señora, le podré yo vigilar.

ANGELA

Ya que el tío Sebastián mejora, supongo que aguardarás aquí hasta el día 7 en que se cele-

brará el cabo de año en memoria de tu pobre madre... y de su marido.

LEOPOLDO

Probablemente.

DIEGO

Por la memoria del marido, aunque haya sido su padre, Leopoldo hará bien en marcharse.

ANGELA

Era un Zabira, un igual nuestro, descendiente de...

DIEGO

Todo lo Zabira y todo lo igual y todo lo descendiente que tú quieras; pero jugaba como un tahir y bebía como un carretero; si no dejó a Leopoldo por puertas y a pedir limosna...

ANGELA

No digas eso; delante de los hijos, no se debe murmurar de los padres.

DIEGO

Entonces, lo prudente, delante de los hijos, es no hablar de los padres.

ANGELA

En lo único que tienes razón, Diego, aunque no lo hayas dicho...

DIEGO

Por eso la tengo.

ANGELA

Es en quejarte de cómo el tiempo destruye las razas.

DIEGO

Para lo que se pierde con algunas...

AUGUSTO

Aparte a DIEGO.

Hazme el favor de no incomodarla.

ANGELA

Y tú, un Fuentioñoro, en Villafranca del Ro-

ble, primo hermano de la Duquesa viuda de Azaral, no tienes derecho para repetir esa vulgaridad injusta. La hora de formar las estirpes ha pasado ya; es cierto. Conformémonos con sostenerlas, y cuando alguna familia, como la nuestra, conserva intactos su linaje y su fortuna, no debíamos cansarnos de dar gracias al cielo, ¿No es así, D. Inocencio?

DON INOCENCIO

Como la señora duquesa lo dice.

ANGELA

¿Oíste...?

DIEGO

Yo sí; el señor de las Torres supongo que no.

ANGELA

Y por salir esa aprobación de labios del señor capellán...

DIEGO

Me convence menos.

AUGUSTO

¡Es el Padre capellán!

DIEGO

Por eso. Un hombre a quien pagáis.

ANGELA

¡No sus ideas!

DIEGO

Sus ideas, no; las vuestras.

CLARA

Dieguito, no la enfades...

LEOPOLDO

Aparte a CLARA.

La abuela dice que nos quedemos, y yo... la verdad...

ANGELA

¿No podríais callar un momento vosotros?

LEOPOLDO

Abuela...

ANGELA

Interrumpir a las personas mayores no es cortés.

CLARA

Aparte a LEOPOLDO.

Calla. Hablaremos luego en Misa.

ANGELA

¿Qué decías tú, Diego...?

DIEGO

Lo que decía no lo sé; lo que digo es que me parece muy bien vuestra gratitud al tiempo que os hizo, por razón de los tiempos nada más, nobles y ricos; pero yo, nieto de segundones, no estoy obligado a cantar alabanzas.

AUGUSTO

¡Vives aquí como en tu propia casa!

DIEGO

Pero yo preferiría tenerla propia; mi único error, y ese puede que no sea mío, es haber nacido demasiado tarde. Hoy me sirve de bien poco enchufar mi parentesco con el rey Wamba.

ANGELA

Despreciativa.

Ya sé que te hiciste liberal.

LEOPOLDO

Y ha podido hacerse otras muchas cosas peores.

ANGELA

¿Confío en que no pretenderás mezclar tus gracias en una conversación seria?

LEOPOLDO

No, no...

CLARA llama la atención a LEOPOLDO para que no rechiste.

ANGELA

Y nuestro deber, ante la lucha y el desquiciamiento social, es el de unirnos, el de apiñarnos bien... ¿No ha de ser así, don Inocencio?

DON INOCENCIO

Así, señora duquesa.

DIEGO

¡También me convence esa opinión! ¡La opinión de unirse, de agruparse, proclamada por quien empezó haciendo voto de vida solitaria.

DON INOCENCIO

Disculpándose.

Me pidieron parecer...

DIEGO

Y te olvidaste de dar el tuyo.

ANGELA

No seas perturbador... ¡Quedamos tan pocos...!

LEOPOLDO

Quedas tú, abuela, la noble duquesa viuda de Azaral.

ANGELA

Conmovida.

¡Gracias, Leopoldo!

DIEGO

Aparte a AUGUSTO.

Leopoldo anda mal de fondos.

AUGUSTO

A DIEGO.

Cuando se le recrudece el amor a la familia siempre acaba en petición.

ANGELA

Y quedáis vosotros. Mi hijo Augusto...

DIEGO

Con énfasis.

El señor Duque de Azaral.

ANGELA

Su hija Constanza. Y tñ, Leopoldo, Conde de Eguiza, con tu mujer.

AUGUSTO

Y Diego...

DIEGO

Yo cada día quedo menos.

AUGUSTO

Y el hermano de este, Federico.

ANGELA

¡No! Desgraciadamente Federico no es ya de los nuestros. Por su gusto se apartó de nosotros con ese matrimonio desigual.

AUGUSTO

Que le hace muy feliz.

ANGELA

Para mí continua soltero.

LEOPOLDO

Para él, no.

AUGUSTO

Y mientras no admitas a los dos no vendrá ninguno a esta casa.

DIEGO

Habréis observado que no digo palabra, ¿eh?

AUGUSTO

Rápido.

¡Te lo agradezco, te lo agradezco mucho!

DIEGO

Y podría decirlo...

AUGUSTO

¡Ya lo sé, ya lo sé!

ANGELA

Y tú, hijo, que debías velar tanto como yo por la pureza de estos prestigios, no estás acertado con algunas amistades.

DIEGO

Indirecta treinta y siete.

AUGUSTO

No tengo por qué negarle mi amistad a quien ha llegado, por su propio esfuerzo, a la fortuna, a la posición social y al respeto de quienes han nacido más que él.

ANGELA

Rechazo únicamente la intimidad con un espíritu descreído.

DIEGO

¿Descreído Ismael de la Peña...? Al revés, fanático, sólo que cree en otra clase de milagros.

ANGELA

No era menester que le trajeras a vivir aquí.

AUGUSTO

Un compromiso. Somos compañeros de Senado, aunque él es bastante más joven que yo; quiere comprar unas tierras y me pareció natural ofrecerle la casa...

ANGELA

No pretendo contrariarte, Augusto; pero sabes demasiado que no me satisfacen este choque diario de sentimientos. Ciertas delicadezas no se aprenden en el arroyo, y ese Ismael de la Peña del arroyo viene.

DIEGO

Y de la Peña.

ANGELA

Y no es correcto el ver nuestra casa, apacible y tranquila, convertirse en antesala de pedigüños.

LEOPOLDO

Es inmensamente rico.

CLARA

E inmensamente generoso...

DIEGO

Y le acosan con fruto.

ANGELA

¡Cualquiera diría que no conocíamos la caridad hasta que vino ese caballero!

DIEGO

Hay mucha, ya lo sé; pero justifica tanto Ismael su fama de espléndido, que como pida un vaso de agua, si lo oyen tres criados, tres vasos le traen volando.

ANGELA

Esa gente es muy codiciosa.

DIEGO

Esa... y otra.

Se oye el primer toque de Misa.

DON INOCENCIO

Con su permiso...

ANGELA

Llévese al señor de las Torres, que le ayudará a Misa.

DIEGO

Es una crueldad el despertarle; quizás esté soñando que oye a alguien.

TORRES

Despertándose al empujón de INOCENCIO.

Ya escucho, ya escucho; pero estas cosas hay que meditarlas.

DON INOCENCIO

¿Quiere acompañarme...?

CLARA

Hace además de golpes de pecho y toques de campanilla.

TORRES

¿Ayudar a Misa...? Pensaba suplicárselo.

DON INOCENCIO

Pues venga.

TORRES

Con su venia, señora Duquesa, y la de ustedes.

Mutis por la capilla TORRES
y DON INOCENCIO.

ESCENA VI

DICHOS MENOS TORRES y DON INOCENCIO. Un criado de la casa entrega una tarjeta a AUGUSTO

AUGUSTO

¿Para mí...?

CRIADO

Para el señor de la Peña.

ANGELA

¿Otra petición...? ¿Quién es?

AUGUSTO

Leyendo.

«Angel García, Director de las Escuelas laicas.»

DIEGO

Un ángel que se equivocó de camino.

CLARA

O de nombre.

AUGUSTO

Dígale...

ANGELA

Que se vaya.

AUGUSTO

Mientras viva bajo nuestro techo no estamos autorizados para discutir sus visitas.

ANGELA

Yo no las discuto; las rechazo. ¡Las armas de los Azarales, nuestro cuartel con la Cruz y las Sagradas Formas, ganado como defensores de la Religión, no lo mancha un impío y un hereje pisando el suelo de mi casa! Dígale usted que el señor de la Peña no recibe.

AUGUSTO

¡Madre!

ANGELA

O que no recibo yo.

Mutis CRIADO.

AUGUSTO

Me creas un conflicto... e Ismael dirá...

ANGELA

Yo no sé lo que él dirá; yo digo que se prolonga excesivamente su estancia entre nosotros, que van cuatro días ya.

AUGUSTO

Basta. Yo la abreviaré.

ANGELA

Será lo mejor para todos.

DIEGO

Continúa, que ahí viene...

ESCENA VII

DICHOS: ISMAEL por la derecha; luego el criado de la casa.

CLARA

Yendo rápida a recibir.

Por usted preguntábamos...

ISMAEL

Paseando por el jardín.

¿Y leyendo...?

CLARA

No.

ISMAEL

LEOPOLDO

Acercándose y entregándose.

Más papeles y más cartas.

ISMAEL

¿Descansó usted, Duquesa...?

ANGELA

¿Y usted...?

DIEGO

Estábamos diciendo que sería lo mejor para todos. Acierta el qué...

ISMAEL

No es fácil. Pero seguramente no sería nada exagerado, que eso nunca es bueno para todos,

DIEGO

Parece que te ha oído...

A ANGELA.

¿Piensa usted lo mismo?

ISMAEL

ANGELA

Igual.

CRIADO

Señor Duque, insiste ese caballero en hablar con el señor de la Peña.

ANGELA

Y yo me permití contestarle que usted no recibe a estas horas.

ISMAEL

Que vuelva.

ANGELA

No.

AUGUSTO

Es el Director de esas Escuelas láicas.

ISMAEL

Sonriendo.

Ah... Le prometí cinco mil pesetas para contribuir...

ANGELA

A una obra del infierno.

ISMAEL

Sí, Duquesa. Pero no de ese infierno que nadie conoce, sino del otro, del que hay en la vida de los pobres.

ANGELA

Que vengan a los colegios cristianos.

ISMAEL

Perdone usted, señora. Las doy porque las necesitan, no porque piensen igual o distinto que yo.

ANGELA

Es un error de usted.

ISMAEL

¿Error mío, la miseria de ellos.. ? ¡No, Duquesa, no; si acaso, error de...!

ANGELA

¡Ismael!

ISMAEL

...de quien pretende sembrar para sí mismo cuando da limosna a otro. Pero lo arreglaremos, ganando aún los pobres de usted. Consíentame que le ofrezca otras cinco mil...

ANGELA

Secamente.

Gracias. La caridad no puede admitirse a cambio de una complacencia.

ISMAEL

Si rechaza usted la parte de Dios entregaré solamente la parte del diablo.

ANGELA

Haga usted lo que guste.

ISMAEL

Lo que usted me permita...

Pausa.

¿Puedo entregar esa cantidad...?

ANGELA

Usted verá.

Ismael se inclina y mutis por la casa. El criado le sigue.

AUGUSTO

Eres muy intransigente, madre...

ANGELA

Ya he visto el desagrado vuestro; no hubo una voz que me secundara. Es lo mismo; basto yo para defenderme. Comprenderás que cada hora será menos grata la presencia del señor de la Peña... Clara... Leopoldo... mis nietos queridos, acompañadme. Vosotros sois mi esperanza, mi orgullo. ¿Verdad que pensais como yo...?

CLARA

Verdad, abuela...

Mutis por la izquierda, abrazando ANGELA a LEOPOLDO y a CLARA.

ESCENA VIII

AUGUSTO Y DIEGO

AUGUSTO

Ismael no puede vivir aquí.

DIEGO

Ni nadie. La familia, porque no tiene más remedio, pero los demás... Es preciso ser Diego de Fuentiñoro, un despreocupado, para no ahogarse entre tantas preocupaciones.

AUGUSTO

Y sin embargo, necesito que me ayudes a prolongar la presencia de Ismael aquí. Estoy en

una situación difícil. ¡Diego! Hace años cometí una torpeza...

DIEGO

¿Una... y hace años...? Seguramente eres modesto.

AUGUSTO

Nuestra casa es muy fuerte: tenemos treinta y tantos mil duros de renta...

DIEGO

Los mismos que en vida del abuelo.

AUGUSTO

Que en mí ya no son más que quince. Pero siendo lo mismo; es muy diferente. Hace un siglo éramos poderosísimos, los primeros entre los primeros: hoy, para conservar ese rango, es menester que permanezcamos unidos, pues si la fortuna se divide vendrá a nosotros la miseria. Es decir, la miseria...

DIEGO

Sí, sí, está bien dicho. En el rico, todo lo que no es la opulencia, resulta miserable.

AUGUSTO

Nadie conoce esta situación en la casa. A mi madre se la oculto piadosamente, para no heirla en su orgullo de gran señora, que perdona rentas y socorre con largueza. A Leopoldo le digo, y es verdad, que no están hechos aún las particiones y no conviene malvender... y a Constanza, a mi hija, no tengo que hablarle si quiera.

DIEGO

Ya estoy enterado.

AUGUSTO

Y gracias que tenemos un administrador muy honrado.

Echale. DIEGO

¿Por qué? AUGUSTO

DIEGO
Ya te lo dije en otras ocasiones. Le of
tar, como rasgo de probidad, que un pariente
suyo devolvió un sobre con tres mil pesetas, en-
contrado en la calle y «que nadie le viera reco-
ger». Y en mi opinión, un hombre que distingue
entre que se vea o no se vea recoger lo ajeno es
un hombre peligroso.

AUGUSTO
Con este no hay cuidado. Déjame seguir lo
que te iba diciendo. Cuando se casó mi herma-
na Matilde, la madre de Leopoldo, hubo que
buscar una cantidad para los gastos extraordi-
narios a que nos obligaba nuestra alcurnia. Re-
cordarás que bendijo la unión el señor Arzo-
bispo...

DIEGO
¡Y la boda salió mal: si la casa un presbítero
sencillo, nos lucimos!

AUGUSTO
Fué madrina Su Majestad, y en representa-
ción suya...

DIEGO
Recuerdo, recuerdo...

AUGUSTO
Los veinte mil duros que precisé en aquella
ocasión para celebrar el matrimonio con el bo-
ato debido...

DIEGO
Debido: también lo recuerdo.

AUGUSTO
Me los facilitó un deudo mío, el Conde de

Gras. un par de años después me hizo una indicación, y para devolvérselos inmediatamente, como exigía mi honor, caí en las garras de un usurero. Venció el plazo de este segundo apuro y caí con un tercero. Ahora lo reclama... y no encuentro el cuarto.

DIEGO

En este caso sí que es un dolor el que se interrumpe la genealogía.

AUGUSTO

Cuento con saldar de un golpe y en junto al recibir la herencia del tío Sebastián.

DIEGO

¿Ese tío que no se muere?

AUGUSTO

¡Con setenta años y baldado...!

DIEGO

A él qué más le daba ya morirse...

AUGUSTO

Claro.

DIEGO

¿Y serás tú el heredero?

AUGUSTO

Soy el único sobrino.

DIEGO

¿Y Leopoldo?

AUGUSTO

Sobrino segundo, y el tío le quiere menos.

DIEGO

En cambio, vosotros dos le queréis lo mismo; los dos queréis heredarle.

AUGUSTO

He acudido, suplicándole este pequeño favor —trescientas mil pesetas, que para él no son nada—á Ismael.

¿A Ismael...?

DIEGO

AUGUSTO

Está conforme. En realidad, el favor consiste en no divulgarlo, puesto que la garantía de nuestras posesiones es sobrada, y en que se contente con una simple escritura en lugar de elevarlo a escritura notarial.

DIEGO

Ya es mucho.

AUGUSTO

En confianza, te diré que el amigo Peña se muestra muy deseoso de servirme: esta gente de negocios se paga mucho de la intimidad con nosotros. Por eso le he traído a casa...

DIEGO

Bien, bien.

AUGUSTO

Te confío este secreto...

DIEGO

Ya tengo mi capital redondeado.

AUGUSTO

¿Cómo?... ¿Tienes tu capital?...

DIEGO

En secreto. Es la fortuna de los parientes pobres. A mí no puedes acudir más que para contármelo.

AUGUSTO

Confío, ¿eh?...

ESCENA IX

DICHOS: ISMAEL, de la casa.

ISMAEL

Ya he dicho que no reciban a nadie. Conozco que no le agrada a la Duquesa.

AUGUSTO

No se fije usted en eso: es su carácter. En el fondo es muy cariñosa.

ISMAEL

En el fondo, puede que tenga usted razón.

AUGUSTO

Dispénsela usted... Es un poco el orgullo de la raza.

ISMAEL

No me lo explico. Hace mucho tiempo ya que por el mundo no existe más que una raza: la de los caballeros.

DIEGO

¿Y los demás?...

ISMAEL

Ellos sabrán lo que son; yo, no. Ni puedo disculpar que alguien cifre su orgullo en la ferocidad de su quinto tatarabuelo, ni comprendo a la dama, digna y honrada, que puede engeirse recordando la belleza que no fué esquivada con su real cortejo.

AUGUSTO

Muchos representamos acciones gloriosas.

ISMAEL

Cierto; pero la gloria, cuando se la aumenta, brilla: cuando no se hace más que evocarla, empequeñece; como esas armaduras gigantescas, que pregonan, más que la fuerza de lo pasado, la ruindad física de lo presente.

DIEGO

Todos no podemos ser batalladores.

ISMAEL

Entonces, permítanme ustedes que yo prefiera, en vez de un peso glorioso que me oprima, el ser yo quien a los míos y a los ajenos los conduzca.

AUGUSTO

No discuto... ¿Quiere usted que demos un paseito?...

ISMAEL

Lo que usted guste.

A DIEGO.

No tardaremos en encontrarnos, que la hora de Misa se acerca.

AUGUSTO

Como día de trabajo, está usted disculpado.

ISMAEL

No, no. Haré lo que todos: ir.

DIEGO

Tú eres de mi opinión, y yo soy de la de quien decía que las Misas y los desafíos no se deben buscar, pero no se deben rehuir.

AUGUSTO

¡Diego!

DIEGO

Me refiero a los días laborables; en los de fiesta no hay duda.

ISMAEL

¿De qué?

DIEGO

De lo que sea. Pero no hay duda.

AUGUSTO

¿Examinó usted aquellos documentos? Diego sabe el asunto; puede usted hablar.

ISMAEL

Mañana marcharé a Madrid.

AUGUSTO

¿Tan pronto?...

DIEGO

Sí. Cuando usted quiera podemos extender el recibo, allá en mi despacho, y cobrará usted inmediatamente. Si me dice usted el día, tendré

la cantidad en mi poder para evitarle a usted la molestia de ir a la caja.

AUGUSTO

Muchas gracias, querido Ismael. Aunque no hubiéramos llegado a entendernos; siempre quedaría obligado por la buena voluntad con que usted se puso a mis órdenes.

ISMAEL

Voluntad solamente; que no es buena ni es mala, es voluntad. Una palabra que pronuncio siempre con energía porque a ella le soy deudor de todo.

Sonriendo.

¿Son trescientas mil pesetas, verdad?

AUGUSTO

Y el plazo, cinco años; aunque espero liquidar antes, porque desgraciadamente el tío Sebastián...

ISMAEL

¿No debe vivir tanto...?

AUGUSTO

Si quisiera... pero impedido y sufriendo.

ISMAEL

Tiene usted razón.

AUGUSTO

¿Podría señalar el jueves como día de pago..?

ISMAEL

Perfectamente.

AUGUSTO

¿Pero usted no se marchará mañana...?

ISMAEL

Sí, mañana.

AUGUSTO

¡Es usted encantador...! Venga usted, venga usted, hablaremos de los detalles, que a éste le aburrirán y para mí son interesantísimos.

ISMAEL

¡Sí, vamos. Perdón, ¿eh...? Voy a tratar los detalles, que son interesantísimos... para el Duque.

Mutis por la derecha, hablando ISMAEL y AUGUSTO

ESCENA X

DIEGO; después CONSTANZA, de la capilla

DIEGO

Sentándose.

¡Qué lucha tan ridícula, qué tragedia tan cómica ésta de las vanidades humillándose para poder seguir siendo vanidosos...! ¡En cambio, yo, por no tener y no esperar, disfruto de la vida y de esta mañana esplendorosa y radiante...! Si fuera poeta, para rendirle ese tributo a la divina Naturaleza, hoy no hacía versos.

CONSTANZA

Tapándole los ojos.

Adivina...

DIEGO

Si tuviese treinta años, te diría; «tú...» y en el «tú» entraban todas... y algunas más. Ahora te digo solamente: sobrina, sobrinita, ¿para qué me tapas los ojos cuando toda mi picardía se reduce a ver...?

CONSTANZA

Te he oído. ¿Ya hablas solo, tío Dieguito.

DIEGO

No. Hablo con el aire y con los árboles y con el celeste resplandor de Febo; con esos pobres dioses del Olimpo a quienes la Ciencia echó por tierra, como si a la tierra la hiciese daño creer en muchas cosas de los cielos...

CONSTANZA

Sentándose en el brazo del mismo sillón que DIEGO.

¿También tú sientes el encanto de esta mañana deliciosa...? Pues... Dime, tío Diego... Tú, que comprendes la belleza de lo que no tiene realidad material; que te explicas la armonía de lo que no tiene acorde en las horas indiferentes; que al aire y a los árboles les llamas dioses... ¿Por qué las cosas, siendo las mismas, son tan distintas...?

DIEGO

Por la hora.

CONSTANZA

¿La de ellas?

DIEGO

No, la tuya, que las hace vivir.

CONSTANZA

Levantándose.

¿Por qué la Naturaleza, el campo, mudo y frío y sin acento, después de haberlo visto millares de veces impasible, nos habla de pronto con una voz que nadie escucha más que nosotros y en un lenguaje, que se entiende tan fácilmente...?

DIEGO

Por el alma.

CONSTANZA

¿Suya?

DIEGO

No; la que tú le prestas en aquel momento.

CONSTANZA

¿Y por qué no vibra siempre...?

DIEGO

Por la misma razón que permanecen tanto tiempo mudas las cuerdas del arpa. El sonido

está allí, aguardando eternamente, como está la belleza en el campo y la armonía en las ramas de los árboles; pero falta la mano que toque, los ojos que quieran ver y el soplo celestial que fecunde lo estéril y que anime lo inmóvil.

CONSTANZA

Y ese afán que sentimos; esa flor que se abre de improviso, con raíces en el suelo y con hojas en las nubes, tan grande, que llena el espacio, y tan pequeña, que cabe en nuestro pecho... Ese afán, ¿cómo se llama?

DIEGO

Unos le llaman Amor.

CONSTANZA

Bien suena al nombre...

DIEGO

Otros le llaman Fe.

CONSTANZA

Aun lo entiendo más así.

DIEGO

Y otros le llaman Poesía. Pero los tres nacieron de la misma madre, de la piadosa Bondad, el Hada de los ojos de ópalo, que miran y no ven, y por eso no sabe nunca a quién favorece con sus dones, y su caridad es la única verdadera, porque está siempre en la mano que concede, y no le exige mérito ni cualidad ninguna a la mano que recibe.

CONSTANZA

¿Hablas formal, tío Diego?

DIEGO

Formal, serio y grave, como habla un catedrático que explica Anatomía, no; en serio, como habla de los aparecidos un miedoso y del cielo un creyente, sí.

CONSTANZA

Y si es verdad lo que dices, ¿por qué ninguno de los tres nombres acaba de explicarme cuál es en mí la verdadera causa de apreciar hoy lo que no aprecié nunca...?

DIEGO

¿No te sirve ninguno? Pues yo te diré otro que lo aclare más.

CONSTANZA

¿Cuál...?

DIEGO

Ismael.

CONSTANZA

¡Diego!

DIEGO

Diego, no; Ismael.

CONSTANZA

‘No es cierto! ¡Te engañas! ¡Te equivocas!

DIEGO

Más despacio, más despacio. Cuando quieras convencer a alguien de tu indiferencia por algo, ese algo dilo tranquilamente.

CONSTANZA

Deletreando.

No... es... ci...er...to...

DIEGO

Y la piadosa Bondad, el Hada de los ojos de ópalo, que miran y no ven, cuando reparte amor, no sabe si te enamora de noble o de plebeyo, de cristiano o de israelita.

CONSTANZA

Sonriendo.

No... es... cier... to.

DIEGO

Se oye el segundo toque de misa.

¿Le aborreces...?

ISMAEL
¿Qué se hace, Diego...?

DIEGO

Nada.

ISMAEL

Poco es.

DIEGO

¿Poco...? Pues de eso hizo Dios el mundo.

ISMAEL

¡Y qué hermoso lo hizo! Es una maravilla este campo, este cielo...

DIEGO

Burlón, aparte.

¿Otro con poesía? ¿Será epidemia?

ISMAEL

No sé por qué, pero hoy siento que pueden ser sinceros los lirismos de algunos.

DIEGO

No eres tú solo.

ISMAEL

¿No...? ¿Quién más?

DIEGO

Yo.

ISMAEL

Ah...

DIEGO

Levantándose.

¡Qué ah tan despreciativo...!

ISMAEL

¡No, no!

DIEGO

Pasémoslo. Continúa tu poema.

ISMAEL

Le decía a usted...

DIEGO

¿Habrás notado que te tuteo?...

ISMAEL

Sonriendo.

Como usted quiera.

DIEGO

¡Es más fuerte que yo!... Gracias; continúa. Y dime lo que te dé la gana, que hoy estoy en vena de emociones espirituales. Todos los años venimos aquí tres o cuatro meses; multiplica por el número de siglos que yo tengo, y calcula si me sabré de memoria catedrales y conventos y fachadas góticas... y demás zarandajas. En San Esteban hay un cuadro que he visto doscientas veces; pues un día, buscando refugio contra un chaparrón inesperado, entré en la iglesia... y de pronto, por la hora, por la soledad, por la tristeza del lugar, por algo inexplicable... sentí que aquella imagen vivía, sufría, se quejaba... Yo no sé qué demonios tenía aquel santo, pero me impresionó horriblemente. Luego pasé la noche obsesionado, y al día siguiente, tempranito, volví a mirarlo. ¡Y nada!, era un cuadro bueno, pero nada, un cuadro...

ISMAEL

Esperaré a que llueva para hablarle a usted.

DIEGO

No. Sé respetar los estados de ánimo de mis amigos y amoldarme a ellos.

ISMAEL

Esa amabilidad anima a confesiones...

DIEGO

¿Empezabas una confesión...? Pues, «ego te absolvo». El capellán te daría la absolución después; yo, más práctico, te la administro antes. Para tí es igual. Sigue.

ISMAEL
Si usted me deja... Esta mañana he debido resolver un asunto.

DIEGO
¿Con el Duque?

ISMAEL
Eso ya está. Otro. Y contra mi costumbre y mi temperamento, lo aplacé.

DIEGO
Entendámonos. ¿El asunto, es asunto?

ISMAEL
Precisamente la dificultad estriba en las palabras. Yo supe y sé encontrar los números exactos y la fórmula precisa de un negocio. Pero fuera de ese mundo de cifras o de peleas, balbuceo y voy cohibido por el miedo de una palabra torpe o dicha antes de tiempo.

DIEGO
¿Y este asunto, que no es de pelea, ni es de negocio, será de pasión?

ISMAEL
Quizás.

DIEGO
Claritos. ¿Si o no...?

ISMAEL
Sí.

DIEGO
Y el temor está en los fantasmas, en los prejuicios, en los distingos de casta, en las susceptibilidades de abolengo...

ISMAEL
Ahí está.

DIEGO
¿Pero tienes el convencimiento de que a esa mujer no le eres indiferente...?

Me parece... ISMAEL

Claritos. DIEGO

Creo que... ISMAEL

Claritos: ¿Si o no...? DIEGO

Juraría que sí. ISMAEL

DIEGO
Pues entonces la cuestión es muy sencilla. Dile lo que quieras, como quieras y cuando quieras, que ella de todos modos lo ha de entender; y no lleses el discurso aprendido, con lo cual te evitas el embrollarte y el perder el tiempo.

ISMAEL
Lo malo es el empezar.

DIEGO
No, eso es lo bueno.

ISMAEL
¿Y si estoy engañado...?

DIEGO
¿Antes de casarte...? El riesgo es insignificante.

ISMAEL
¿Entiéndame: si ella no ha visto más que una simpatía en mí?

DIEGO
No seas bobo. ¿Una mujer que no sepa que le hacen el amor...? Lo saben hasta cuando no se lo hacen, con que calcula tú yendo de veras. Y al exponer tu pensamiento procura ser breve... Para mí, el modelo de las declaraciones amorosas continúa siendo el de Adán y Eva, nuestros

queridos primeros Padres. Ella mordía la manzana de un lado y él del otro, al mismo tiempo, y antes de que la manzana se hubiera acabado ya estaban juntos los labios y sabían ya que se adoraban.

ISMAEL

Sí, es breve, y lo conozco; pero hoy prefiero la palabra que deja adivinar, mejor que la frase dura y clara que obliga a una respuesta categórica.

DIEGO

¿Un minuto de romanticismo...?

ISMAEL

¿Es mucho en toda una vida? No es humano que el hombre, no rendido, pero sí cansado, quiera alejarse un momento de la lucha y decirle a una mujer: mujer, si eres celestial, te adoraré, y si no lo eres, te adoraré también, que tanto amor vengo a dar como a pedir y el mío bastará para los dos. Y si me hicieran la misma pregunta que ya escucharon los siglos cuando los siglos de ahora empezaban a contarse; si me dijeran: ¿«como tú, no siendo de los míos, me pides de beber, a mí que soy samaritana...?» Con las mismas palabras respondería: «agua te pido, porque tengo sed... pero si tú a mí me pidieras, agua viva te daría, y si bebieras de la que yo te doy no tendrás ya nunca sed».

DIEGO

¿Y tú eres el que andas buscando palabras...?

ISMAEL

Ya no. Pero dime, en conciencia, ¿es mucho pedir el que venga a mí una ráfaga de esa dulzura que a todos va repartiendo el sol con su luz, el aire...?

BIBLIOTECA-RESERVA
DE
CASTILLA Y LEÓN
AUTONOMÍA 13 EST
O/ G. MOIS. 24-
Tno. (947) 20
08002 - BURGOS

Ahi viene. DIEGO

ISMAEL
Burlón.

¿El sol...?

DIEGO

O la Samaritana. ISMAEL

¡Constanza!

DIEGO

En familia le llamamos así, Constanza.

ISMAEL
Apretándole afectuosamente
la mano.

¡Es usted un gran amigo, Diego!

DIEGO

No hay inconveniente. Pero de los Evange-
lios no volverás a colocarme ni un versicu-
lo, ¿eh...?

ESCENA XII

DICHOS: CONSTANZA, de la casa.

CONSTANZA

¿Charlando?

DIEGO

Y de sublimidades. El hombre práctico que
hay en este Banquero ha huido.—¡perdón! la
palabra sonó a Krac...—por no sé qué profun-
das quebraduras y ha quedado un soñador, un
idealista...

CONSTANZA

¿De veras?

ISMAEL

He quedado yo. Siendo lo que él afirma, es
verdad.

DIEGO

Y cuando llegaste, entonaba un himno al sol...

CONSTANZA

¿De veras...?

ISMAEL

Sí...

DIEGO

¿Qué habrá hecho hoy el sol para que todos la toméis con él...?

CONSTANZA

Eso quiere decir únicamente que Ismael es impresionable.

DIEGO

Que lo somos.

ISMAEL

Es cierto. ¿Por qué negarlo...?

CONSTANZA

Y que si a una hora sabe lo que son sumas y restas, a otras las olvida, buscando... él sabrá qué.

ISMAEL

¿Yo nada más?

DIEGO

Tose un poco.

Y esto de amoldarse a emociones extrañas es muy frecuente. Yo he conocido un muchacho que leía, de sobremesa, los «Náufragos de la Isla Misteriosa», y se identificaba tanto con las miserias y el hambre que sufrían, que para poder seguir leyendo necesitaba tomar más postres; si no, tenía debilidad en nombre de los náufragos.

CONSTANZA

Cómo me gustaría a mí una aventura de ese género. ¡Eso es vivir!

ISMAEL

¿Encontrarse perdida en una isla desierta?

DIEGO

No sabe lo que dice, pero le gustaría perderse...

ISMAEL

Que no lo temiera yo, acostumbrado a borrascas y a combates; pero usted, con su vivir tranquilo, feliz, un día igual al siguiente y a la víspera.

DIEGO

El espíritu se complace siempre en lo contrario de lo que disfruta el cuerpo, y Constanza idolatra la acción y el peligro precisamente porque está hecha a tantas obediencias que su vida es un puro obedecer, aun en aquello que se juzga más libre y más señora de sí misma.

CONSTANZA

De eso no me quejo. Sin darnos cuenta o sabiéndolo, todos obedecemos a algo: a nuestros jefes, a nuestras pasiones, a nuestro carácter... y yo prefiero obedecer a quien me quiere.

ISMAEL

Con eso me da usted derecho a mandar.

DIEGO

Aparte a ISMAEL.

¡Que vas a empezar a comerte la manzana por las pepitas!

ISMAEL

Y voy a ver hasta dónde llega esa obediencia.

CONSTANZA

Véalo.

DIEGO

A ISMAEL

Te desafia. Aunque sea de pie, estoy por dormirme pora no ser indiscreto.

ISMAEL
¿Qué mandaré yo...?

CONSTANZA
¿Ve usted cómo es muy difícil...?

ISMAEL
Deme usted una flor.

GONSTANZA
Marchando hacia la derecha.
Con mucho gusto.

ISMAEL
¡No, no! De ahí, no; de ahí...
Las que CONSTANZA lleva

CONSTANZA
Son iguales.

ISMAEL
Pero de esas quiero.

CONSTANZA
¿Y de las otras no?

ISMAEL
No.

CONSTANZA
Estas van conmigo.

ISMAEL
Por eso valen.

CONSTANZA
Y son como algo de mi misma.

ISMAEL
Por eso las aprecio.

CONSTANZA
Y en casa vieron ya que las llevaba prendidas...

DIEGO
Dale la flor, Constanza, si tienes gusto en ello y él la desea. ¿Vais a privaros porque vieron, porque digan, porque hablaron o porque hablarán...? Por tí misma, por la preocupación

o por la conciencia, si vale la pena de resistir un impulso; pero porque los demás contraríen o favorezcan, no.

¡Nunca!

ISMAEL

Dásela.

DIEGO

Al desprenderlas se le caen todas, menos una; deteniendo a ISMAEL.

No las pises, que sería descortés, pero no las recojas. Si en esas flores has visto algo más que la flor, salvada la tuya, alégrate de que las restantes, las que no han de ser para ti, no sean para nadie y vayan al suelo.

ISMAEL

No. Que vayan al suelo cuando sea esa la voluntad bondadosa de su dueña; pero caídas, no. Yo las recojo.

Se oye el tercer toque de misa.

DIEGO

Alejándose hacia la izquierda

Poesía, poesía... Mientras haya almas, tú reinarás; después... después; tú serás el alma de la Humanidad.

CONSTANZA marcha hacia la capilla, lentamente, deshojando las flores y dejando caer al suelo las hojas.

ISMAEL

Yendo a DIEGO.

Amigo Diego, necesito tener una franqueza con usted, y decirle que yo estoy...

DIEGO

No, no. Como secreto no me lo cuentes, porque ya lo sé. ¡Mira, mira...!

ISMAEL

¿Las deja caer...? ¿Las que no fueron para mí no serán para nadie...? Eso es...

DIEGO

Poesía, Ismael, poesía. Cuando llega, los burladores nos quedamos serios; cuando pasa de nosotros, los serios se burlan de ella.

CONSTANZA

¿No vienen ustedes...?

DIEGO

Ustedes, eres tú. Ve.

ISMAEL

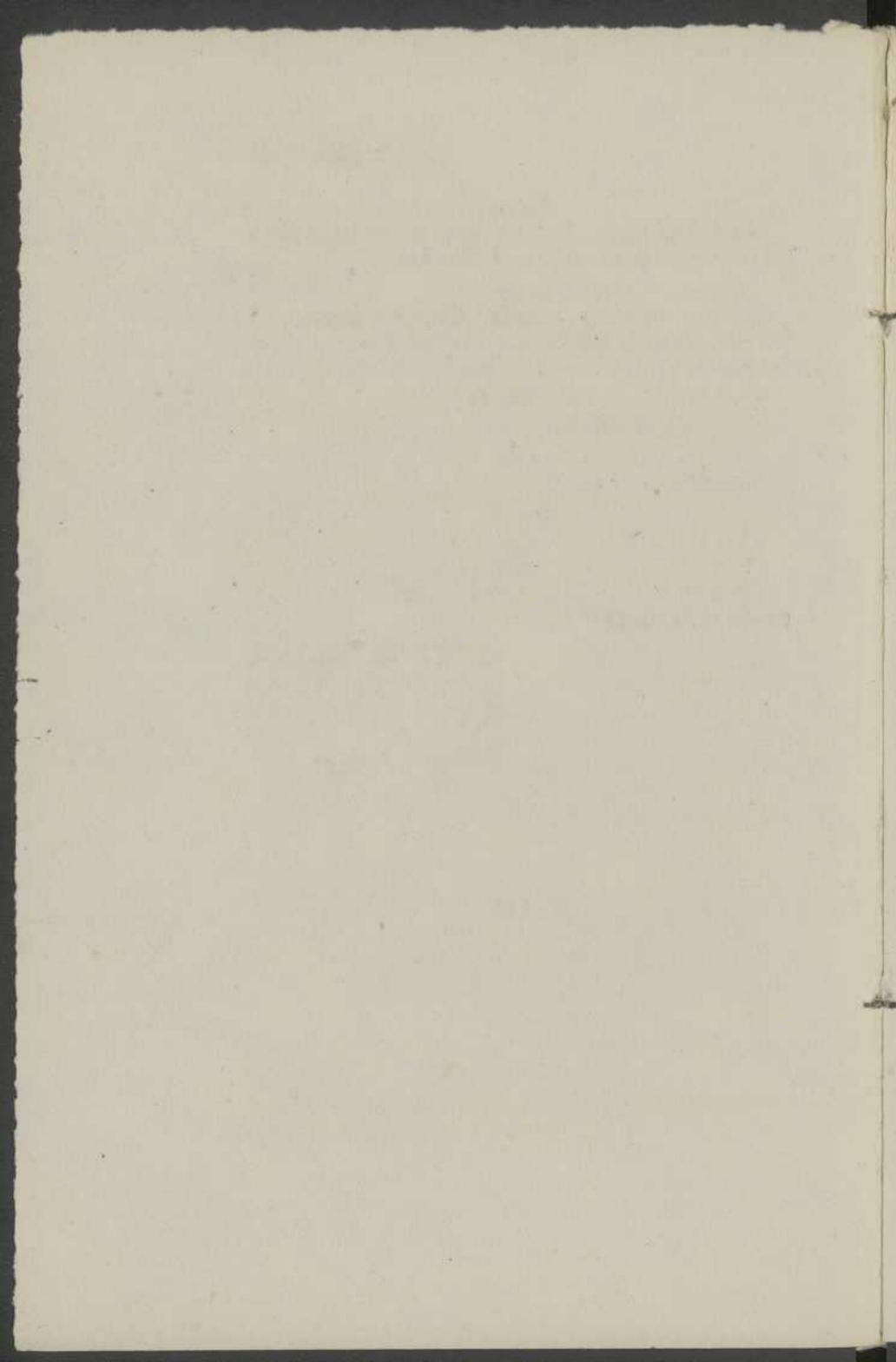
¿Yo solo...?

DIEGO

En este momento y de este verso, el conso-
nante eres tú. ¡Ve!

ISMAEL se reúne a CONS-
TANZA y entran juntos en la
capilla. DIEGO, inmóvil, los
mira y sonríe. Por la izquierda
pasan a misa, ANGELA, CLA-
RA y LEOPOLDO, seguidos
de dos criadas. Por la derecha
AUGUSTO y detrás JUAN
MANUEL y PEDRO.

TELON



ACTO SEGUNDO

Un interior en casa de los Duques. Puede ser un patio o una habitación, con amplia salida al jardín; lo esencial es que sea recogido, con mucha luz y muy alegre.--Es por la tarde.

ESCENA PRIMERA

CLARA y LEOPOLDO, sentados en mecedoras. Una criada, que entra por derecha y recoge el servicio de café.

CRIADA

¿Puedo recoger...?

CLARA

¿Y los señores...?

CRIADA

En el jardín, menos el señorito Ismael, que está en su cuarto arreglando el equipaje; ha dicho que le llevaran allí el café.

CLARA

¿Le habéis servido ya?

CRIADA

¿Al señorito Ismael...? Sí, señora; inmediatamente, ¡ya lo creo! ¡¡No faltaba más!!

CLARA

¡Bueno, bueno...!

CRIADA

¿Quiere algo...?

Mutis criada por derecha.

LEOPOLDO

Respiran por la herida... vamos, por la propina.

CLARA

Es natural...

Pausa.

¿Por qué duermes, Leopoldo?

LEOPOLDO

Tengo sueño.

CLARA

Eso te pregunto. ¿Por qué tienes sueño a estas horas?... Hazme el favor de espabilarte; no vaya a entrar cualquiera y se figure que hemos pasado la noche en vela..., y como no hemos, no quiero que se lo figuren.

LEOPOLDO

Pellízcame a ver...

Levantándose.

¡Estoy de la familia, del almuerzo en familia y de las chinchorrerías de la familia, hasta aquí.

CLARA

¿Hasta dónde, que no te he visto señalar?...

LEOPOLDO

Hasta la coronilla. Es verdad nuestra alcurnia, es verdad nuestra nobleza; pero todos los días y a todas las horas, nobleza y alcurnia, y alcurnia y nobleza... Y como si fuera poco lo que dice, aún molesta con lo que hace.

CLARA

¿Y qué hace?

LEOPOLDO

Obligarnos a vestirnos todas las noches como si fuéramos de baile.

CLARA

Y vestirse, no viéndolo nadie...

LEOPOLDO

¡Que lo vean después!

CLARA

Naturalmente.

LEOPOLDO

Estoy decidido, me voy a París.

CLARA

¿Tú...?

LEOPOLDO

Contigo, mujer.

CLARA

Es una buena idea. ¿Y dinero...?

LEOPOLDO

Esa es otra idea.

Pausa.

CLARA

Ismael es muy amigo tuyo...

LEOPOLDO

Sí, ¿por qué?

CLARA

Por nada.

LEOPOLDO

La abuela se ha descolgado con dos mil pesetas.

CLARA

Ni para el viaje.

LEOPOLDO

El tío Augusto, ni un céntimo. Buenos consejos y palmaditas en el hombro, para que con el masaje entraran los consejos, pero sin aflojar la bolsa. Dice que por este año es imposible...

CLARA

¿Y tu fortuna...? ¿Cuándo liquidáis...?

LEOPOLDO

Ese es otro cantar; que no conviene precipi-

tarse; que sería una vergüenza vender fincas; que aguardemos..., y que aguardemos.

CLARA

¡Qué fastidio...!

LEOPOLDO

Pero yo no estoy dispuesto a seguir aguantando esta predicación constante, recrudescida ahora con la presencia de Ismael. Y dicho sea entre paréntesis, no sé cómo resiste, porque la abuela le dedica todos los puntazos, y de plebeyo lo coge y lo deja, que no hay luego por dónde cogerle.

CLARA

Le mortifica un poco de más...; pero él no lo entiende o no quiere entenderlo.

LEOPOLDO

A su negocio, a comprar esas tierras, y después se desquitará diciendo pestes de nosotros.

CLARA

¿Crees tú...?

LEOPOLDO

Y hará perfectamente.

Pausa.

CLARA

Y no hay que contar con que me sirva ningún traje de los del invierno pasado...

LEOPOLDO

¿No...? Vaya, pues a dormir.

Vuelve a sentarse.

CLARA

Tienes mucha amistad con Ismael, ¿verdad?

LEOPOLDO

¿Por qué insistís en preguntarme eso?

CLARA

Quizás el pueda facilitarte...

LEOPOLDO

¡Jamás!

Pausa; levantándose.

¿Qué has dicho...?

CLARA

No he hablado.

LEOPOLDO

Pausa.

Jamás...

CLARA

Bien...

LEOPOLDO

No voy a pedirle cinco o seis mil pesetas, que parecería un sablazo.

CLARA

Pídele una cantidad que no lo parezca.

LEOPOLDO

Riendo.

¿Cincuenta mil?

CLARA

¿Por qué no?

LEOPOLDO

Porque no las daría.

CLARA

¿Quién sabe...? Es inmensamente rico, y hoy no le niega un favor a los de esta casa.

LEOPOLDO

Naturalmente, con mi firma.

CLARA

Naturalmente ¿Se las pides?

LEOPOLDO

¿Si yo supiera que...?

CLARA

Por sabido. Y aprovecha a escape, que mañana temprano, en el tren de las nueve y treinta, se va a Madrid.

LEOPOLDO

Ha de ser hoy... claro.

CLARA

¡Ah... oye! Pídele cien mil.

LEOPOLDO

¡Clarita!

CLARA

Con tu firma, naturalmenne. El rato a pasar es el mismo, y nos resuelve una porción de apuros.

LEOPOLDO

Eso sí... pero...

ESCENA II

DICHOS: JUAN MANUEL por el foro.

JUAN MANUEL

Señora Condesa...

CLARA

¿Qué quieres, Juan Manuel...?

JUAN MANUEL

Pues a ver si ustedes le dicen a la señora Duquesa que lo de la vaca Pintada se pone feo, y el profesor no responde!

LEOPOLDO

Díselo tú.

JUAN MANUEL

No, señor; yo no me resuelvo a irle con esa encomienda.

CLARA

Riendo.

Ni yo. Que se lo diga don Inocencio.

JUAN MANUEL

Don Inocencio, eso es lo mejor. No sé cómo el Padre tiene salud con los sustos que le da la

señora Duquesa, que no es que tenga mal genio, pero tiene genio...

CLARA

No replicándola, el nublado pasa pronto.

JUAN MANUEL

Puede que sea de ese modo. ¿Permiso...?

CLARA

Anda con Dios.

Mutis JUAN MANUEL por el foro.

LEOPOLDO

Temo que sea muy exagerado lo de las cien mil pesetas.

CLARA

¡Como si tu nombre no respondiera a eso y a más!

LEOPOLDO

¡De sobra!

CLARA

Advirtiéndole.

La abuela.

ESCENA III

DICHOS: ANGELA y TORRES por derecha.

ANGELA

¿Qué hacéis...?

LEOPOLDO

Intentando una siesta.

ANGELA

Para dormir hay señaladas sus horas en la Naturaleza. Yo no he dormido jamás de día, y así estoy fuerte y sana. A eso lo atribuyo.

LEOPOLDO

Pero el tío Diego, aun aquí, se acuesta a las

tres o a las cuatro, y se levanta a las doce. ¡Y está bien robusto!

CLARA

Y lo atribuye a eso.

ANGELA

¿Qué consecuencias sacas? ¿Que yo no digo la verdad...? El discutir a las personas mayores es de un gusto dudoso. Recuérdalo, Clarita.

CLARA

No quise decir...

ANGELA

Os dejo al señor de las Torres.

LEOPOLDO

Gracias.

ANGELA

Acercándose a TORRES.

Voy un momento a mis oraciones de la tarde, que luego vendrá gente y no me dejarán.

Más alto.

¿Usted me oye...?

TORRES

Eso quisiera.

CLARA

Hace ademán de que va a rezar.

TORRES

Muy bien, muy bien; téngame presente en sus rezos, que por las virtudes de usted han de ser muy gratos allá arriba.

ANGELA

Atendedle.

LEOPOLDO

Ya estuvo aquí toda la mañana con pretexto de la misa; después se quedó a almorzar con pretexto del almuerzo, ¡y ahora de tertulia!

ANGELA

¿No sabes mortificarte...? No olvides, Leo-

poldo, que este respeto y esta consideración es el fundamento de la familia, y si tuviérais hijos, que el cielo parece no querer concedéroslos...

CLARA

No le riñas por eso todavía, abuela...

ANGELA

Comprenderíais mejor mis reflexiones. Atended a ese caballero, que honra nuestra casa con su visita, bastante más que algunos otros.

LEOPOLDO

Ismaél marcha mañana.

ANGELA

No aludo a nadie.

CLARA

No...

Mutis, ANGELA por la izquierda.

ESCENA IV

CLARA, LEOPOLDO Y TORRES

LEOPOLDO

¡Todo sirve para una reprimenda o para un sermón...!

TORRES

Es discretísima esta señora, mi señora doña Angela de Fuentioñoro.

LEOPOLDO

¿Usted qué sabe...?

TORRES

¿Eh...?

CLARA

¿Que usted qué sabe, si no la oye jamás?

TORRES

La conozco desde muy joven y goza justa fama de entendida y de recta y de muy religio-

sa. No me cansaré nunca de alabarla como se merece.

ESCENA V

DICHOS: DIEGO por derecha y DON INOCENCIO

LEOPOLDO

Se le estima, don Inocencio, tiene usted que decirle a la abuela que la vaca revienta y que ya puede ir disponiendo el comprar otra.

DON INOCENCIO

¿He de ser yo...?

CLARA

¿También le tiene usted miedo?

DIEGO

Ese *también* es muy satisfactorio para la familia.

LEOPOLDO

Déjese de pamplinas y haga lo que le ordenan.

DON INOCENCIO

Yo no discuto, señor conde...

Humildemente.

Y obedeceré, como siempre.

DIEGO

Pero hombre, cura, ¿no te da vergüenza ser tan apocado? Ten energía una vez siquiera.

DON INOCENCIO

En casa tenemos el ejemplo con el señor de la Peña, de cómo una persona, por su voluntad, llega a ser poderoso y considerado: yo soy el ejemplo de cómo una persona, a fuerza de voluntad, llega a tenerla. De chico, mi carácter era arrebatado, fuguillas, con ideas propias, opiniones, simpatías y antipatías.: en fin, con una porción de majaderías.

CLARA

¡Majaderías, no!

DIEGO

En lo suyo, él sabrá más que tú.

DON INOCENCIO

Sí, señor. Hasta que me persuadí de que llevaba mal camino y entonces me propuse guiar mi pensamiento, en lo trivial de la vida, por donde pensaban los demás, perfeccionándome tanto en esa labor, que he conseguido borrar mi personalidad; yo, no soy yo; y soy la persona con quien hablo; y si con diez personas hablo al día, yo soy las diez personas y tengo diez opiniones diferentes... y lo peor es que las diez veces estoy firmemente convencido de lo que digo.

CLARA

En la apariencia, en la cortesía de no contradecir, quizás; pero en su interior de usted...

DON INOCENCIO

Casi igual.

DIEGO

Pues yo encuentro deplorable tu sistema. No digo que llesves la contraria siempre; pero cuando el momento lo exija, un poquito de entereza es muy conveniente.

DON INOCENCIO

¿El consejo de usted es que tenga un arranque de energía cuando las circunstancias parezcan pedirlo?

DIEGO

Eso es.

DON INOCENCIO

Perfectamente. Supongamos que ya lo he tenido con la señora Duquesa; me despide... salgo de esta casa...

DIEGO

Y a otra; que nunca faltan.

DON INOCENCIO

Perfectamente. ¿Y en esa otra...? ¿Otro arranque...?

CLARA

Riendo.

¡No!

DON INOCENCIO

Pues entonces, lo que he de pasar allá, bien puedo sufrirlo aquí, ahorrándome la caminata. Y perdone que se lo diga, mi querido don Diego, el que nace para humilde no se ha de alborotar por humillado, y las máximas de energía son buenas para los triunfadores, para los que aciertan en su rebelión, para los demás, les causan muchísimo daño y jamás sacan de ellas un provecho. Y disimulen que haya hablado tanto de mí mismo. Con su licencia voy al recadito de la vaca Pintada, ya que eso es lo que disponen...

Mutis DON INOCENCIO
por izquierda.

ESCENA VI

DICHOS, MENOS DON INOCENCIO

LEOPOLDO

¿Qué dices tú, Diego?

DIEGO

Digo que es una porra todo esto de aconsejar a los demás; que cada uno tiene razones sobradas para brincar o para estarse quieto, y que solo Dios sabe la cantidad enorme de energía que hará falta para cometer muchas de las que nos parecen cobardías...

Bien dicho.

CLARA

Y digo además, que yo seguiré dando los consejos que no me piden... por mis razones particulares.

DIEGO

LEOPOLDO

Lo esencial es que vaya con el recadito.

DIEGO

Conde de Eguiza, ¡eres un gran filósofo! No quiero hacerte la injusticia de suponer que se-pas filosofía, ni nada...

CLARA

Sabe quererme y le basta.

DIEGO

¡Quién lo duda...! Pero he dicho la mayor verdad que han oído los siglos: lograr lo que a uno le importa y el resto no importarle a uno.

LEOPOLDO

Mucha novedad no es...

DIEGO

No. Sin embargo, fírmala y te acreditas.

CLARA

Ya se nos quedó otra vez dormido el señor de las Torres.

LEOPOLDO

¿Vamos a despertarle con un buen susto?

Coge una silla para dejarla caer.

DIEGO

¡Leopoldo!

El señor de las TORRES le mira y sonríe. LEOPOLDO deja la silla.

CLARA

¿Se dormía?

TORRES

No. Siempre tengo pendiente alguna conver-

sación conmigo mismo... y ahora seguía en mi interior diciendo alabanzas a esta casa en donde quiero a todo y a todos.

CLARA

Pero especialmente a la abuela.

TORRES

Ella es la virtud y es la bondad personificadas.

CLARA

¿Y los demás?

TORRES

Los demás reflejan de ella. Y no se figuren que siempre tuvo el pelo blanco y el andar lento... ¡No! que fué bien alegre y bien ágil y bien linda... Y bien codiciada. Cuando se casó, era una real moza, y su esposo otro.

DIEGO

¿No era el mismo...?

TORRES

¡Otro real mozo, señor!

LEOPOLDO

Eso aclara un poco...

CLARA

¿Creo que le tenía en un puño...?

DIEGO

Sí; pero cuando ese puño se desencolaba, el bastón era muy alegrillo. Había que verlo viajando solo; tratándose de casados, sólo quiere decir siempre sin la mujer.

CLARA

No lo aprendas...

TORRES

Mi gran amigo, el oncenno duque de Azaral, era un señor, lo que se llama un señor. Generoso, hidalgo, valiente, cortés y de una educa-

ción esmeradísima. Protector de los artistas y un entusiasta aficionado de las Bellas Artes.

DIEGO

De eso puedo dar fe. Las tres veces que fuimos juntos a París, las tres se largaba de noche a ver cuadros.

CLARA

Pero allí, de noche, ¿no cierran los Museos?

DIEGO

Los que él visitaba, no.

TORRES

¿Cómo ha dicho...? ¿Cómo ha dicho...?

CLARA

Al oído.

Que de noche...

TORRES

No...

CLARA

Más alto.

Que de noche...

TORRES

¡No!

CLARA

¿Cómo que no?

TORRES

Por este lado, no, que es perder el tiempo Por aquí, ni una bala.

CLARA

Hablándole del otro lado.

Que el abuelo iba de noche a visitar Museos

TORRES

Sí, sí, era muy gracioso. Y en Salamanca popularísimo; le conocían hasta las piedras. En saliendo de casa, ya era de ritual ir con el sombrero en la mano, porque todos le saludaban: Buenas tardes, señor duque; buenos días, don

Luis; adiós, Luisito..., y los chiquillos, porque siempre les daba cuartos para golosinas, le querían como a un padre.

DIEGO

Y a algunos puede que no les faltara razón.

TORRES

Era muy famoso.

DIEGO

Usaba una peluca, con el pelo muy largo, y para disimular; tenía otra con el pelo corto; eran los días que él llamaba de peluquero. Lo grave es que el pelo crecía una cuarta, de la mañana a la tarde.

TORRES

¿Qué dice...? ¿Qué dice...?

LEOPOLDO

Acercándosele, finge que habla.

TORRES

Riendo.

Es gracioso, es gracioso...

CLARA

Apartándole.

No tengas mala entrafía, Leopoldo

A Torres.

¡Que no habla siquiera...!

TORRES

Ya lo sé, ya lo sé, condesita de Eguiza. Pero dándome por enterado se le malograba la burla, vamos, la broma, y no valía la pena de que fracasara por tan poco el ingenio de mi joven amigo el señor conde de Eguiza, nieto de mis respetabilísimos amigos los señores duques de Azaral. No, no valía la pena...

DIEGO

Abrazándole.

Eres un barbián, señor de las Torres.

CLARA

A Leopoldo.

Lo tienes merecido...

TORRES

A Leopoldo.

No es reproche, no; compéndalo.

DIEGO

Y si lo fuera, que se rasque.

TORRES

A Diego.

Sé que es un defecto muy grande el mío... Yo hubiera preferido tener un vicio, aunque fuese muy grande también, porque la gente se reiría o se indignaría a mis espaldas únicamente..., y a espaldas todo es igual; ¡pero no está en mi poder un cambio tan ventajoso! No me quedaba más recurso que aislarme..., y eso era horrible; hacer cuestión personal cada mofa de éstas..., y eso era imposible, porque aun logrando matar a media humanidad, tendría que seguir matando a unos cuantos más, o reirme yo también, y eso hago, convencido de que los burladores se cansan pronto cuando el burlado empieza él mismo por reirse. Hasta luego, condesita...

CLARA

¡Quédese un rato de tertulia!

TORRES

Hasta luego, señor conde.

LEOPOLDO

Perdone usted...

TORRES

Diego... Ya sabe uno bien cuando hace el ridículo; pero la vida—la vida de algunos, por lo menos—depende precisamente de ignorarlo.

DIEGO

Quédate, hombre. Aquí todos te queremos bien; a gritos, pero te queremos.

TORRES

Hasta luego, Dieguito. Cuando no me río no puedo estar mucho tiempo en ninguna parte. Despidanme de la señora duquesa... y ¡dispensen, eh, dispensen...!

DIEGO

Cogiéndole.

¡Quédate!

TORRES

Dispensen... Buenas tardes, señores míos.

Mutis, TORRES por el foro.

ESCENA VII

DICHOS; MENOS TORRES

LEOPOLDO

¡Estoy insoportable, lo reconozco..! Pero hay que disculparme un poco, porque me tiene nervioso esta atmósfera de hostilidad que se respira en nuestra casa.

CLARA

Es nervioso, tío Diego.

DIEGO

Sí, hija, sí. El que no esté muy en el secreto pensará que es mala educación; pero a nosotros nos consta positivamente que es enfermedad y hay que compadecerle. Pobre Leopoldo...!

LEOPOLDO

No empieces tú ahora con cuchufletas, porque me voy a encarar contigo y saldremos mal tú o yo o los dos.

CLARA

Quiere decir que le perdona usted...

DIEGO

¿Quiere decir eso...? Pues que lo diga Clarita, que lo diga.

CLARA

Está muy contrariado por no disponer de una cantidad que necesita.

DIEGO

Contrariado por eso mismo llevo yo cuarenta y seis años.

LEOPOLDO

Cincuenta y seis.

DIEGO

¿Seguro...?

LEOPOLDO

Sí.

DIEGO

Bien. Cincuenta y seis.

CLARA

¿Qué necesidad tienes de rectificar eso?

LEOPOLDO

¿Y tú de enmendarme la plana?

CLARA

Mira, Leopoldito...

LEOPOLDO

Brusco.

¡Déjame en paz, eh!

CLARA

Severa.

¡Leopoldo...!

DIEGO

Suavemente.

Es nervioso, Clarita, es nervioso.

CLARA

Dominándose.

Sí lo es.

LEOPOLDO

Oye, tío Diego.

Amenazando.

DIEGO

Con calma.

¿Qué, sobrino, qué?

CLARA

Advirtiéndosela.

Ismael.

ESCENA VIII

DICHOS: ISMAEL por izquierda

CLARA

Amigo Ismael... ¿recluido?

ISMAEL

Terminando de arreglar el equipaje.

CLARA

Había tiempo.

ISMAEL

Pero ese cuidado ya está fuera.

DIEGO

¿Cómo andamos de sueños y de nubes y de poesía...?

ISMAEL

Ya volaron. Hay que volver en seguida a la lucha, so pena de ser vencido. Y no me conviene...

LEOPOLDO

Aun está el correo de hoy sin abrir.

ISMAEL

Ahora.

LEOPOLDO

Si me viera obligado a leer y a contestar tantos papelotes enfermaba en un mes.

ISMAEL

Sería muy sensible.

LEOPOLDO

Con la fortuna de usted ya había yo mandado a paseo los negocios.

ISMAEL

¿Y con qué voy a entretenerme?

CLARA

Ha de ser muy divertido manejar millones, meter los brazos hasta el codo en talegas de oro...

ISMAEL

Esa es la leyenda; la realidad es más prosaica. Una firma en el libro de cheques o en el vendí de Bolsa.

CLARA

En Salamanca deja usted fama de espléndido. Las señoras de las Juntas dicen que da gusto acercarse a usted.

ISMAEL

Yo también lo digo de ellas.

CLARA

¡Pidiendo!

ISMAEL

Aunque sea de ese modo.

CLARA

Y limosnas ha dado usted sin tasa.

ISMAEL

Fuí pobre, y cuando piden me lo recuerdan. El que da, no da; devuelve.

CLARA

Realmente, es muy hermoso hacer el bien.

ISMAEL

Sí, señora; aunque no estoy muy convencido de que el dar dinero y hacer el bien, sean siempre una misma cosa.

CLARA

Eso ya es un poquito alambicado...

ESCENA IX

DICHOS; CRIADO por izquierda.

CRIADO

Entregando un telegrama.

Ya he firmado yo el recibo para que el señor no se molestase, y si hay contestación iré escapado a Telégrafos.

CLARA

Aparte a DIEGO.

Son angelicales estos criados...

DIEGO

A CLARA.

Aquí también lo son los señores.

ISMAEL

Al criado que se retira.

No.

A DIEGO.

Es de la casa Lebliu y Compañía, e interesante.

Leyendo.

«Confirmamos carta, créditos aumentan, crédito disminuye.

DIEGO

¿A quién se refieren?

ISMAEL

A uno...

DIEGO

Creí que era a otro.

ISMAEL

Puede que sea el mismo.

CLARA

Que habló en voz baja con LEOPOLDO.

Mientras abre usted su correo, yo voy a escribir al tío Sebastián, felicitándole.

¿Está de días?

ISMAEL

De muchos días, sí; ha mejorado.

CLARA

No cierres la carta; yo también le pondré unas líneas.

LEOPOLDO

CLARA

Cogiéndose del brazo de DIEGO y llevándosele.

Hasta ahora. Volveremos inmediatamente.

DIEGO

Aparte a CLARA.

Si vas a escribir, te estorbaré...

CLARA

¡No!

DIEGO

Entonces, ¿es que estorbo aquí...?

CLARA

En ninguna parte. Anda, ven...

DIEGO

¿Tiene que hablarle Leopoldo...? ¿Mucho...?

CLARA

Un rato...

DIEGO

No pregunto tiempo, sino cantidad.

CLARA

¡Qué mal pensado eres...! ¡Anda, tío Dieguito, anda...!

Mutis CLARA y DIEGO por derecha.

ESCENA X

ISMAEL y LEOPOLDO

ISMAEL

Sentado; abriendo su correo.

¿Usted me permite, conde...?

BIBLIOTECA-MEMORIA
DE
CASTILLA Y LEÓN
AUTONOMÍA ESP.
C/ G. Mols, 24-26
Tfno. (947) 26
08002 - BURGOS (E)

LEOPOLDO

¿No le distraerá usted demasiado que hablemos una palabra?

ISMAEL

Es posible; pero la oíré con mucho gusto.

LEOPOLDO

Sentándose a su lado,

Se trata de algo personal...

ISMAEL

¿Un negocio...? ¿De esos que usted no haría si tuviera mi fortuna?

LEOPOLDO

En el caso de usted me retiraba después de éste.

ISMAEL

No está mal dispuesto...

Toda la escena abre cartas y lee, atendiendo poco á LEOPOLDO.

Con su venfa, seguiré enterándome del correo. Atiendo mejor así: es una costumbre del despacho... Veamos el negocio, ¿grande?

LEOPOLDO

Sí... algo.

ISMAEL

¿Con qué garantía?

LEOPOLDO

Mi firma.

ISMAEL

Bien. Supongamos que es garantía.

LEOPOLDO

Levantándose enojado.

¡¡Señor de la Peña!!

ISMAEL

Sin moverse y sonriendo.

En este momento no es usted razonable...

LEOPOLDO

Soy el conde de Eguiza.

Exacto.

ISMAEL

LEOPOLDO
El nieto de la duquesa de Azara y el sobrino
preferido del tío Sebastián...

¿Qué vive todavía?

ISMAEL

Sí, señor...

LOPOLDO

Un poco cortado.

Pues un tío vivo no es garantía comercial.

ISMAEL

LOPOLDO

Secamente.

¿Eso quiere decir que no...?

ISMAEL hace un gesto du-
doso.

ESCENA XI

DICHOS: CONSTANZA por la izquierda.

CONSTANZA
No les consiento a ustedes que permanezcan
bajo techado con un día tan espléndido. ¿Vamos
a merendar al campo...?

ISMAEL

Muy gozoso.

Lo que usted disponga: ya es lo mismo que
mandarlo.

CONSTANZA

Muy seria.

Pues ordeno y mando que... que...

Pausa; riéndose.

No sé ni las fórmulas de mandar en lo más
insignificante; es preferible obedecer...

ISMAEL

¿De verdad...?

CONSTANZA

¿Ya no se acuerda usted de mi obediencia...?

ISMAEL

¡Sí, sí...!

CONSTANZA

Voy a convencer a Clarita y a padre y al tío Diego para que nos acompañen.

Muy seria.

La abuela no vendrá porque ya le fatiga el andar mucho.

ISMAEL

Gozoso.

¿No vendrá la abuela...?

CONSTANZA

No.

Le mira un momento seria y en seguida se echa a reír.

Contamos contigo, ¿eh, Leopoldo...?

Mutis, CONSTANZA por la derecha.

ESCENA XII

ISMAEL Y LEOPOLDO

ISMAEL

Mira desaparecer a CONSTANZA sonriendo, gozoso; luego, volviéndose a Leopoldo.

Eso quiere decir que sí, que estoy pronto a honrar la firma de usted.

Sentándose, vuelve a leer.

LEOPOLDO

Y facilitarme...

ISMAEL

Sí, cuánto...?

LEOPOLDO

Bastante...

¿Cuánto...? ISMAEL

Cien mil... LEOPOLDO

¿Cien mil qué...? ISMAEL

Pesetas. Que yo le... LEOPOLDO

Deteniéndose ante un gesto de ISMAEL.

ISMAEL

Lee una carta con mucha atención: termina y volve a leerla, sonriendo y pausado.

Es curiosa esta carta, la confirmada por el telegrama de la Casa Lebliu y Compañía.

LEOPOLDO

Sonriendo malhumorado.

¿Sí?

ISMAEL

Sí.

LEOPOLDO

A propósito de qué.

ISMAEL

De intereses relacionados con mis asuntos.

Guardándose la carta.

Es muy curiosa...

LEOPOLDO

Quizás le hagan a usted variar...?

ISMAEL

Ni esto ni nada; pero esto ya lo sabía.

LEOPOLDO

Se las devolveré a usted en el plazo de... ¿de seis años?

ISMAEL

Bien.

LEOPOLDO

Y quizás no lleguemos a ese tiempo, porque, desgraciadamente, la salud del tío Sebastián...

ISMAEL

Usted es más generoso.

LEOPOLDO

Sorprendido.

¿En qué?

ISMAEL

En el plazo. Otros no le autorizan para vivir tanto.

LEOPOLDO

¿Otros...?

ISMAEL

No se preocupe usted.

LEOPOLDO

Pondremos el interés que usted considere.

ISMAEL

Ninguno. En su lugar una condición: que si alguna vez le pido a usted un favor, usted lo hará.

LEOPOLDO

Receloso.

¿Y si no puedo?

ISMAEL

No pudiendo, me da usted su palabra de caballero de no intervenir ni en pro ni en contra.

LEOPOLDO

¿Nada más?

ISMAEL

Nada más.

LEOPOLDO

¡Es usted un banquero ideal!

ISMAEL

A fuerza de ser práctico, en algunas ocasiones idealizo mi vida... y las ajenas. Mañana daré yo mismo la orden de pago en Madrid; pasado, puede usted presentarse a cobrar, si no prefiere usted...

LEOPOLDO

Iré, iré. Y gracias.

Levantándose.

¿Al fin compra usted aquí esas tierras...?

ISMAEL

Probablemente.

LEOPOLDO

Dicen que tiene usted grandes posesiones en Jaén y en Córdoba, y...

ISMAEL

He caído en la manía de adquirir.

LEOPOLDO

Todo lo que sale.

ISMAEL

Casi todo. Todo sería una exageración.

LEOPOLDO

¡Le habrán hecho a usted cada oferta...! Y en cuestión de mujeres no hablemos.

ISMAEL

Levantándose.

En cuestión de mujeres, he tenido que comprar a muchos hombres.

LEOPOLDO

Eso costará...

ISMAEL

Cuando vienen a ofrecerse, no, suelen ser baratos; los caros son aquellos que no llegan nunca a saber que se vendieron.

LEOPOLDO

¿Será usted muy desconfiado...?

ISMAEL

Al revés; confiadísimo, convencidísimo...

LEOPOLDO

Eso va en el carácter.

ISMAEL

No, no; en el precio.

LEOPOLDO
Varía.

ISMAEL
Poco.

ESCENA XIII

DICHOS: AUGUSTO por el foro

AUGUSTO
Pensé que estaba usted solo.

LEOPOLDO
Y lo está, tío, lo está. Yo voy a decirle a Clara que prepare el equipaje: nos iremos mañana.

AUGUSTO
A París.

LEOPOLDO
Primero a Madrid.

AUGUSTO
¿Para qué tanto rodeo?

ISMAEL
Quizás sea lo más directo...

LEOPOLDO
Quizás...

Adelanta a encontrarse con Clara.

ESCENA XIV

DICHOS: CLARA por derecha

AUGUSTO
A Ismael.

Ya he telegrafiado avisando que el jueves... el jueves, ¿verdad?

ISMAEL
Sí, señor.

AUGUSTO
¡Qué amable...!

LEOPOLDO
A Clara.
No hubo dificultad.

CLARA
Ya te lo dije. ¿Cuánto?

LEOPOLDO
Las cien. También me lo dijiste.

CLARA
Alto.
He dejado abierta la carta para el tío Sebastián.

LEOPOLDO
Pues le anunciaré nuestra visita.

CLARA
¿Vamos a Madrid?

LEOPOLDO
Aunque no haya peligro, quiero saludarle y abrazarle. Y de paso cobrar...

CLARA
Pues le abrazaremos; díselo.

Mutis Leopoldo por la derecha.
ISMAEL
Constanza le buscaba a usted, Duque.

CLARA
Quiere ir a merendar a los Collados.

AUGUSTO
Iremos.

A Ismael.
¿Usted vendrá...?

CLARA
Es en obsequio suyo.

ISMAEL
No...

CLARA
Entonces estoy equivocada...

ESCENA XV

DICHOS: CONSTANZA y DIEGO por derecha

AUGUSTO

¿A los Collados?

CONSTANZA

Venía a pedirte permiso.

Con guantes y sombrilla, pero sin sombrero.

AUGUSTO

Pondrán el «break» con las cuatro mulas y os llevaré.

DIEGO

¿Guiarás tú...? Pues dile a las mulas que han de llevar personas de mucha estimación; te lo ruego.

AUGUSTO

No pases cuidado.

Mutis por el foro.

ESCENA XVI

DICHOS: MENOS AUGUSTO

CLARA

Fué una lástima que despidiérais a Pedro el cochero.

CONSTANZA

Aquel llevaba muy bien el ganado; pero además se llevaba la paja y la cebada...

CLARA

Era un muchacho bastante instruído.

DIEGO

Viajó mucho. Según noticias, estuvo en Francia, estuvo en América, estuvo en la cárcel... y lo mejor que hizo aquí fué el marcharse.

CONSTANZA

Lo mejor.

CLARA

Verá usted qué linda es la dehesa a donde vamos. De joven era yo muy aficionada a las jiras campestres.

ISMAEL

¿De joven?

CLARA

De soltera.

ISMAEL

Cree que envejeció el día de la boda.

CLARA

Fué una ceremonia tan solemne y es un mudar de estado tan definitivo, que impone espanto. Yo pasé un miedo horrible.

DIEGO

Justificado, hija, justificado.

CONSTANZA

En el error de ese día van muchos días horrendos.

CLARA

Y muchos felices.

DIEGO

No tantos...

CLARA

¡Muchísimos! Créeme, Constanza.

ISMAEL

¿Habló usted de equivocación, de error...?

CONSTANZA

Sí...

ISMAEL

Y error, ¿qué es?

CONSTANZA

Engañarse en los sentimientos o en el carácter.

ISMAEL

No. La gente se engaña porque va al matrimonio buscando una solución, una conveniencia, una alianza de clases y a veces un mudar de vida nada más, y suponen que se amoldarán y que el amor acudirá después; pero los que llevan ya el amor como primera ofrenda, esos no se engañan nunca.

CONSTANZA

Y aunque uno deje de querer, basta el cariño del otro para que a los dos les siga pareciendo que se quieren siempre.

CLARA

La teoría es hermosa; pero quedan aun muchas consideraciones...

ISMAEL

Ninguna.

CLARA

Hay que amoldarse al medio ambiente, a las exigencias sociales...

ISMAEL

A nada, a nada. Sólo hay una razón insuperable, que es la de no ser correspondido; pero el resto de los obstáculos, ni me preocupan, ni los cuento, ni lo valen.

CONSTANZA

Eso es confiar en sí mismo.

ISMAEL

Eso es haber luchado y conocer lo mal que se defienden los demás. ¿No ve usted, Constanza, que yo tuve la suerte inmensa de encontrarme abandonado, sin nadie y sin nada...?

CONSTANZA

¿Y esa fué suerte...?

ISMAEL

¡Inmensa! O encontrarse ya desde la cuna po-

deroso, que es lo mejor, o encontrarse completamente abandonado; lo que hace vacilar las energías es el que alguien, torpemente bondadoso, nos asegure el pan y la casa. ¡No, no! Es preferible no tener nada para no acostumbrarse a tener poco. Mire usted por la ciencia, por la banca, por la política, por el arte... y todo el que ha llegado muy arriba ha empezado desde muy abajo; los que nacen en el medio en el medio suelen quedarse.

CONSTANZA

¡Verdad es!

CLARA

Diciéndola Ismael...

CONSTANZA

¿Por suya no se la voy a negar...?

DIEGO

Tú y yo somos dos hombres que hemos errado la vocación, únicamente por haber nacido fuera de nuestro tiempo. Cuatro siglos menos, tú serías un paladín heróico, peleando por el guante y por los colores del tocado de tu dama, desfacedor de entuertos y adelantado en las fronteras; yo sería un obispo y ahora soy un vago. En lo mío no se nota mucho la diferencia... pero en lo tuyo sí, porque no es corriente el imaginarse al Cid, con lápiz y cuadérno de notas, en vez de lanza y de yelmo.

ISMAEL

Gana de broma...

CONSTANZA

No tanta.

CLARA

¿También tú le ves con casco, cimera y guantele...?

CONSTANZA

Así no, pero leal y caballeroso y pronto a corregir un desmán o a enmendar una injusticia de la suerte, sí.

ISMAEL

Por lo menos, así procuro ser.

CLARA

A DIEGO

Tenías tú razón, tío, al llamarle paladín y adelantado en las fronteras. Sobre todo, adelantado me parece que lo está.

DIEGO

Le idealiza un poco. No me sorprenderá que cualquier día se humanice demasiado.

CLARA

¡Ni pensarlo! La abuelita no consentirá jamás.

DIEGO

Voy a ver cómo respiran en ese terreno.

Alzando la voz.

Desgraciadamente, querido Ismael, no sirven esas bravuras, ni se pelea con el coraje tan solo. Hay muros muy resistentes...

ISMAEL

¿Cuáles?

DIEGO

Los prejuicios de clase, los linajes, los orgullos...

ISMAEL

¿Los orgullos...? Ninguno es legítimo; pero el único disculpable es el del dinero, porque compra a todos los otros.

CONSTANZA

¡No!

CLARA

¡No!

ISMAEL

A CLARA.

Cuando usted lo desee, yo la convenceré a usted.

DIEGO

Se da por convencida.

A CLARA

Para no discutir.

CONSTANZA

¿Y a mí?

ISMAEL

Tardaría más; pero también llegaba. Si yo quisiera a una mujer...

CLARA

Que podemos suponerlo...

ISMAEL

Y los suyos me pusieron el veto...

DIEGO

Que podemos suponerlo...

A ISMAEL, cuando éste le mira.

para discutir.

ISMAEL

¿Qué motivos podrían existir para detenerme...? ¿Por ideas...? No, que yo las cambiaría. ¿Por linaje...? No, que yo lo nivelo. ¿Por blasones...? No, que yo también traigo los míos. Voluntad en campo de trabajo; unas estrellas..., las del cielo..., que significan la luz que alumbraba la obra terminada, y si esa mujer no me rechaza, pondré además unas barras de hierro entrelazadas para decir que aquí, y en el amor de ella, se detuvieron todos mis amores.

CLARA

A DIEGO.

¿Aquí?

DIEGO

Eso ha dicho...

CONSTANZA

Comprendo bien la fortaleza que usted levanta con sus propios esfuerzos y lo invencible que usted se considera; pero yo, si yo fuera usted, antes de preguntar... «¿querrán?»..., me preguntaría a mí mismo... «¿podrán?»

ISMAEL

¿Y para qué? Lo inapelable sería que me dijeran: «no quiero»... Pero diciéndome: «no puedo»..., ¿qué me importa...? Podré yo por los dos.

CONSTANZA

Contra...

ISMAEL

Contra uno y contra muchos y contra todos, que todos son pocos cuando el empuje es de hombre, y son hombres nada más los que se oponen.

CLARA

¡Con nosotras no cuenta usted...?

ISMAEL

Como enemigas, no, porque las mujeres, en amor, ayudan siempre al hombre.

CLARA

¿Siempre?

ISMAEL

Tengo la seguridad absoluta.

CONSTANZA

¿Por qué...?

ISMAEL va a ella y la habla.

CLARA

A DIEGO.

Este señor tiene demasiadas seguridades.

DIEGO

El sabrá cómo las fué adquiriendo. Cuando Leopoldo quiso hablar con Ismael, tú agradeciste mi ausencia.

Sí, mucho.

CLARA

Ahora voy a dejar agradecidos a éstos.

DIEGO

Yo disimularé unos minutos más.

CLARA

Mutis, DIEGO por el foro.

ESCENA XVII

CONSTANZA, CLARA É ISMAEL

ISMAEL

Ya ve usted bien que esta seguridad no envuelve ninguna jactancia.

CONSTANZA

Pero lo dice usted con un tono de tal convencimiento, que parece usted menos bueno de lo que realmente es.

ISMAEL

Eso consiste en que no basta ser bueno, hay que ser fuerte para imponerse, incluso cuando es la bondad la que se impone.

CONSTANZA

Yo no podría. Mientras son altivos aun tengo un poco de valor; pero en cuanto suplican, en cuanto ruegan, se ablanda el corazón y cede la voluntad.

ISMAEL

Porque no es voluntad.

CONSTANZA

Quizás...

CLARA

Diga usted, Ismael... aquella beldad sin nombre y aquella dama en misterio, ¿es rubia?

ISMAEL

N

CLARA
¿Morena?

ISMAEL
No.

CLARA
¿Teñida?

CONSTANZA
¡No!

CLARA
¿Cómo lo sabes tú...?
CONSTANZA

Yo...
ISMAEL

Haciéndome la justicia de concederme buen gusto.

CONSTANZA
De esa manera solamente.

CLARA
¿Y usted la quiere, la adora...?
ISMAEL

Sí, condesa de Eguiza. Por si lo dice usted algo en burla, lo repetiré yo muy en serio: la adoro.

CLARA
Y ella...? ¿Le quiere a usted...?
ISMAEL

Sí.

CONSTANZA
Un poco sorprendida.

¿Sí...?

CLARA
Burlona.

¿Sí...?

CONSTANZA
¿Lo ha dicho...? ¿Lo oyó usted de sus labios?
ISMAEL

No.

CONSTANZA

Entonces no puede usted afirmarlo.

CLARA

Porque lo ignora usted, aun figurándoselo.

ISMAEL

No lo ignoro. Mezquino amor sería el amor necesitado de que se lo dijeran para saber que existe...

CONSTANZA

V ¿el de usted es muy grande?

ISMAEL

Muy grande.

CLARA

Lo dudo. ¿Y tú...? ¡Contesta, mujer!

CONSTANZA

Bajando los ojos.

También lo dudo...

ISMAEL

No...

CONSTANZA

Sí...

ISMAEL

No...

CLARA

Ahora cambia de persona mi extrañeza. ¿cómo sabe usted que Constanza no lo duda?

ISMAEL

Por...

CLARA

¿Por buen gusto también...?

CONSTANZA

También. Lo que una mujer no puede explicarse en otra mujer es el amorfo, el capricho: pero la pasión y la constancia, sí. No es más que pensar de las otras como de una misma. Y eso es lo que Ismael ha supuesto de mí...

ISMAEL

Eso es; tiene razón.

CLARA

Milagro.

ISMAEL

¿Verdad, Constanza, que usted no admite partijas, ni mezquindades! ni hipócritas condescendencias...?

CONSTANZA

No.

ISMAEL

¿Verdad que en usted la hora de amar no es la hora, si no la vida?

CLARA

¿Y qué hora es...? Hemos de salir.

CONSTANZA

En cuanto avisen. Por nosotros...

CLARA

Por ustedes estábamos aviados. Voy yo a meter prisa.

Mutis por derecha.

ESCENA XVIII

CONSTANZA e ISMAEL

CONSTANZA

Marchando.

Y yo...

ISMAEL

Constanza...

Ella se detiene.

¿Quiere usted oirme... lo que usted ya sabe?

CONSTANZA

Ismael...

ISMAEL

Dos años llevo persiguiendo esta ventura,

receloso de mi propia felicidad... y a usted le consta que por usted he venido, y tierras de compra y de venta no fueron más que el pretexto aprovechado para acercarme a usted.

CONSTANZA

Queriendo impedirle que hable.

Ismael...

ISMAEL

Cogiéndola, respetuoso,

Constanza, te quiero...

CONSTANZA

Los míos no querrán...

ISMAEL

¿Y quiénes son los tuyos...? ¿Padres y abuelos...? ¿Orgullos de estirpe y cuarteles de armas...? Algún día has de ver qué poco es todo eso para luchar por la vida o contra la vida. Si te basta mi nombre, renunciemos a títulos y prerrogativas...

CONSTANZA

Los míos no querrán...

ISMAEL

Dejemos un momento en paz a los tuyos, que enseguida he de volver a ellos. Hablemos ahora nosotros dos, de hombre a mujer y de mujer a hombre, como si nada más existiera por el mundo. Te quiero, Constanza, y aunque descendamos en seguida a las miserias de toda lucha humana, déjame oír de ti, sin temor y sin recelo, la divina voluntad que ha de ligarnos.

CONSTANZA

A media voz.

Te quiero, Ismael.

ISMAEL

Abrazándola con un solo brazo.

Ven a mí. Tú serás mi delicia y yo seré tu

amparo, y en mí se estrellarán sin alcanzarte, los odios y las envidias de los que son menos dichosos...

CONSTANZA

Pero tengo miedo a que...

ISMAEL

¡Calla, calla! Tú a decirme que me quieres nada más que eso, y yo, como una de las muchas pruebas de adorarte, a pelear por tí, alejándote de todos los sinsabores, echando muy distante las penas y los disgustos, y luego, tras de un golpe dado o recibido, buscar tu cariño tranquilamente, para que tú no llegues a saber ni que existen penas en el mundo.

CONSTANZA

Te quiero, Ismael... Te quiero.

ISMAEL

Y yo te quiero a tí como si fueras años futuros de mi propia vida, que es la verdad mayor que hay antes de la muerte. Así te quiero yo a tí, Constanza.

CONSTANZA

Dios te oiga...

ISMAEL

Amén...

Apartándose, algo brusco.

Y basta de nosotros dos por el momento, que es tiempo ya de averiguar lo que piensan los tuyos.

CONSTANZA

Asustada.

¡Ahora no!

ISMAEL

Contigo vacilé, porque el cariño es temeroso; ¿pero con ellos...?

CONSTANZA

¡Pueden rezacharte, Ismael...!

ISMAEL

¿Mis enemigos son...? Pues ya no hay modo de vacilar, y a ellos o contra ellos voy.

CONSTANZA

Cogiéndote.

¡Ismael! No vayas todavía...

ISMAEL

¡Ahora mismo!

CONSTANZA

Yo hablaré primero...

ISMAEL

No. Tú a decirme que me quieres; nada más que a eso.

CONSTANZA

Te quiero...

ISMAEL

Yo a pelear. Es mi oficio. Descuida, que lo se bien.

CONSTANZA

¡Ismael!

ESCENA XIX

DICHOS: AUGUSTO, por el foro

AUGUSTO

Cuando queráis.

ISMAEL

Ya queremos.

Pausa.

Señor Duque de Arazal: tengo el honor de pedirle la mano de Constanza.

CONSTANZA

¡Ismael!

AUGUSTO

Espantado.

¿De la Marquesa de Doñinos...?

ISMAEL

Si lo entiende usted mejor de ese modo, sí,
de la Marquesa de Doñinos.

AUGUSTO

Pero ella...

ISMAEL

Lo de ella es de ella; lo de usted pregunto
únicamente.

ESCENA XX

DICHOS: ÁNGELA y DON INOCENCIO, por el foro.

AUGUSTO

Madre..., Ismael me pide la mano de Constanza.

ÁNGELA

¿De Constanza...? ¿De la Marquesa de Doñinos...? ¿De la que será Duquesa de Azaral...

ISMAEL

Tanto pido; sí, señora.

ÁNGELA

¿Pero esto es una broma ridícula...? ¿O estáis locos? ¿Y te callas, Augusto?

ISMAEL

Así dice que no se opone.

ÁNGELA

¿Y tú le escuchas sin indignarte, Constanza?

ISMAEL

Así dice que consiente en mi petición.

ÁNGELA

¡Pero aún quedo yo para impedir tamaño despropósito! Hágame usted el favor de marcharse... se lo suplico... ¡Salga usted pronto de mi casa!

ISMAEL
¿Y la respuesta?

ANGELA
Que no. ¡Dile que no, Constanza! ¿No lo oye usted...?

ISMAEL
Es usted sola a querer oírla.

ANGELA
Salga usted... ¡Echale de casa, Augusto, échale!

AUGUSTO
Yendo a ANGELA.
Lo discutiremos, sí, qué duda cabe...

ANGELA
Sin discutir. ¡Echale! ¿No...? ¡Pues fuera tú también!

AUGUSTO
Madre...

CONSTANZA
Abuela...

ANGELA
¡Y fuera tú..., fuera todos!

ESCENA XXI

DICHOS: DIEGO y JUAN MANUEL, detrás por foro,
CLARA por derecha.

DIEGO
¿Qué pasa?

ANGELA
Llamando.
¡Leopoldo! ¡Leopoldo!

CLARA
¿Qué ocurre?

ANGELA
¡Leopoldo...! ¡Conde de Eguiza...! ¡Ven,
conde de Eguiza, ven!

ESCENA XXII

DICHOS: LEOPOLDO por la derecha.

LEOPOLDO
Apresurado.
¿Abuela...?

ANGELA
Ven tú, el último de mi raza, y enséñale a
respetar nuestro nombre a ese advenedizo.

LEOPOLDO
Bravo.
¿Quién te ofende?

ANGELA
Ese.

LEOPOLDO
Yendo decidido a ISMAEL.
¿Usted...?

ISMAEL
He tenido el honor de pedir la mano de
Constanza.

ANGELA
¡Echale, échale!

LEOPOLDO
Indeciso.
Pero abuelita, esto no es razonable...

ANGELA
Espantada.
¿Tú...?

LEOPOLDO
No hay motivo...

ANGELA
¿Tú también...? ¿Y mi raza...? ¿Dónde es
mi raza...?

¡Madre...!
AUGUSTO

¡Abuela...!
CLARA

ANGELA
¡Mentira! ¡Vosotros no sois los míos! ¡En
donde están los míos que no acuden a defen-
derme! ¡Los míos! ¡Los míos!

LEOPOLDO
Cálmate, abuela...
A un tiempo.

CLARA
Abuelita...

INOCENCIO
Señora duquesa...

ANGELA
Rechazándole.
¿Mi raza? ¿Dónde está mi raza?

LEOPOLDO
No la busques...

ISMAEL
Cumplió su destino.

DIEGO
Y se vende.

AUGUSTO
Severo.
Se hunde.

ISMAEL
Se agranda.

JUAN MANUEL habla a
DIEGO y este se encoge de
hombros; LEOPOLDO habla
con CLARA, y esta se encoge
también de hombros, como di-
ciendo ella y DIEGO, ¿y qué
le vamos a hacer...? Augusto,
inmóvil.

TELON

1870

1871

1872

1873

1874

1875

1876

1877

ACTO TERCERO

El gran salón de respeto en el palacio de los Duques. Las paredes con tapices y cuadros y los muebles suntuosos, sin un solo objeto moderno. A la derecha, una ventana abierta.

Es de noche. Las bombillas eléctricas adosadas a lámparas antiguas.

Las señoras escotadas; los hombres, smoking.

ESCENA PRIMERA

DIEGO y AUGUSTO, sentados separadamente.

DIEGO

¡Bien! ¡Muy bien...! ¡Vaya una tarde agradable que hemos pasado...! Ni merienda, ni paseo, ni conversación... Luego una comida con cara de fiscales, y ahora nuestra acostumbrada tertulia de la noche, en la que seguiremos sin hablarnos.

AUGUSTO

¡Comprende que lo de esta tarde ha sido muy fuerte...! ¡Ese Ismael es de un atrevimiento y una osadía...!

DIEGO

Si hemos de ser francos yo creo que ha hecho bien.

AUGUSTO

¡Diego!

DIEGO

Muy bien. Cada uno debe hacer su santísima voluntad.

AUGUSTO

Pero renonoce que la desfachatez y el atrevimiento de Ismael...

DIEGO

¿Y la cortedad tuya pidiéndole trescientas mil pesetas...? ¿Y la de Leopoldo pidiéndole otro puñado de ellas? ¿Y la de tu madre arrojándole de casa...? Pues si todos habéis hecho vuestro repotente capricho, ¿por qué os extrañáis de que Ismael haya intentado salirse con el suyo...?

AUGUSTO

Ese caballero ha venido aquí para...

DIEGO

Cuidado, Augusto, no caigas en la imperdonable tontería de figurarte que los demás son tontos. Ismael vino aquí porque le convenía a él, no porque te conviniera a tí; y tú le has llamado por la conveniencia tuya, no por la de él.

AUGUSTO

Claro.

DIEGO

Pues cuando resulta claro lo ajeno, no hay razón para que esté obscuro lo propio. Y sería demasiado candoroso el suponer que nosotros hemos de utilizar a los demás y los demás no han de servirse de nosotros!

AUGUSTO

Pudo haber empleado otro procedimiento.

DIEGO

Eso es cuenta tuya.

AUGUSTO

Y convengamos en que no es correcto ni caballeroso el aprovecharse de las circunstancias,

que nos colocan momentáneamente en una situación difícil para tratar de dominarnos.

Levantándose indignado.

¡Ay, si no fuera por eso, a patadas sale de aquí esta tarde.

DIEGO

¿A patadas...?

AUGUSTO

¡Como me llamo Augusto!

DIEGO

Entonces, en lo que convengo es en que estubo muy acertado no hablando sino después de apoderarse de vosotros. Y no lo desapruebo. Harto ya de ver egoismos con careta, no me disgusta encontrar una pasión que pelea al descubierto. Viene a ser lo mismo, pero es más noble; y un señor que tira por la borda cuanto le molesta, empezando, naturalmente, por la familia, lo encuentro admirable.

AUGUSTO

¡Hombre, Diego...!

DIEGO

Y no podemos criticarle porque se deshaga de todos los obstáculos, ya que eso mismo haríamos nosotros si tuviéramos su arrojo y su carácter.

AUGUSTO

No, lo mismo, no. El duque de Azaral no olvidaría jamás los miramientos debidos a una casa extraña... y ninguna persona razonable, ninguna, pretende casarse únicamente con la mujer, que la familia es algo también, ¡caramba!

DIEGO

Trescientas mil pesetas para ti; cien mil para Leopoldo y los desplantes de Angela. Esa es la

familia en este caso, y ya ves que ha contado con ella.

AUGUSTO

Yo me refiero a consideraciones de orden moral.

DIEGO

En esas cantidades va incluida la moral también. Y si se casan, tú verás cómo esa misma moral os impide devolvérselas..!

AUGUSTO

Claro.

DIEGO

Ya van dos claros. Sobran para estar de acuerdo.

AUGUSTO

Supongo que vendrá por aquí... ¿Le has convencido de que no se marche esta noche...?

DIEGO

Vendrá. No iba a quedarse en su cuarto...

AUGUSTO

Y era una campanada irse a un hotel... ¿Qué dirían los criados?

DIEGO

Lo que han oído decir a los señores.

AUGUSTO

Pero quedándose, y haciendo nuestra vida de costumbre, cabe explicarlo como una pequeña desavenencia, dispada ya correctamente.

DIEGO

Sí, si...

ESCENA II

DICHOS: CRIADO 1.º por la derecha

CRIADO

Entregando un telegrama a
DIEGO; a AUGUSTO.

Don Alberto, el notario, pregunta si podrá el señor duque recibirle.

AUGUSTO

¿A estas horas?

DIEGO

Sí. A estas horas lo pregunta.

AUGUSTO

¿Será urgente...? Que pase al despacho,
Mutis, CRIADO.

DIEGO

Que os prepare.

AUGUSTO

¿Para qué...?

DIEGO

Para heredar.

Leyendo.

«Tío Sebastián, sin esperanzas. Prepare familia fatal noticia.»

AUGUSTO

¡Qué lástima! ¡Era un hombre adorable...! Y esta mañana tuvimos un telegrama de mejoría, que nos tranquilizó.

DIEGO

In...

AUGUSTO

¡No, no! Le queríamos entrañablemente y merecía todos los afectos por su bondad y su inteligencia...

Interrumpiéndose.

¡Estoy pensando en otra cosa!

Me la figuro.

DIEGO

AUGUSTO

¡En que esta desgracia me va a permitir el responder como se merece a las impertinencias y a las desconsideraciones de ese majadero de Ismael!

DIEGO

Para incomodarte con más razón, aguarda a heredar.

AUGUSTO

¡No puedes calcular cuánto daría por cruzarte cara!

DIEGO

Que te esperan...

AUGUSTO

Marchando.

Voy, voy.

DIEGO

Quizás el tío haya hecho testamento aquí.

AUGUSTO

Volviendo rápido.

¿Testamento? ¿Y para qué? No hace falta, que soy el pariente más cercano.

DIEGO

Por el placer de nombrarte. Pronto puedes salir de dudas.

AUGUSTO

Voy, voy. Reserva el telegrama hasta que hablemos.

Mutis AUGUSTO por foro.

DIEGO

¿Que los prepare? Ya están preparados, ya.

DIEGO sube a la ventana y oye la escena siguiente.

ESCENA III

LA CRIADA y un CRIADO, por izquierda; luego otro CRIADO, por foro.

CRIADA

Entrando rápida tras el Criado 1.º

Oye, oye. ¿Qué te dió el señorito Ismael?

CRIADO 1.º

Nada.

CRIADA

No seas embustero!

CRIADO 1.º

¡Cuando yo te digo que nada!

CRIADA

¿Y qué salías guardándote en el bolsillo de adentro?

CRIADO 1.º

¿A tí qué te importa?

CRIADO 2.º

Entrando.

Déjalo. Que se lo guarde. Ahora, que tú no entras a repartir en lo que ha dado de propina para todos.

CRIADO 1.º

¿Cómo que no?

CRIADA

¡Naturalmente!

CRIADO 2.º

No vas a cobrar dos veces.

CRIADA

¡Y siempre será más lo tuyo!

CRIADO 1.º

Es mentira, que no me dió nada.

CRIADA

Echándole mano.
¡A ver lo que llevas en el bolsillo!

CRIADO 1.º

Empujándola.

¡Lo que me da la gana!

CRIADO 2.º

¡A verlo, hombre!

CRIADO 1.º

¡No me toques tú, porque te sacudo!

ESCENA IV

DICHOS: DIEGO, por derecha, tranquilo y sonriendo; luego ANGELA, por izquierda.

CRIADO 2.º

¿Tú a mí, ladrón?

CRIADO 1.º

¡El ladrón eres tú!

CRIADO 2.º

¿Yo...?

Se agarran y pelean los dos Criados, y la Criada queriendo separarlos.

ANGELA

¿Qué es esto...? ¿Qué vergüenza es ésta en mi casa?

CRIADA

¡Este, que nos roba!

CRIADO 1.º

¡Los que roban son ellos!

CRIADO 2.º

Mentira, que eres tú.

CRIADO 1.º

¡Vosotros!

CRIADO 2.º

¡Tú!

¡Tú!

CRIADA

ANGELA
¡Silencio! Y los tres quedan ustedes despedidos ahora mismo. ¡Los tres!

CRIADA

Suplicando.

¡Señora Duquesa...!

ANGELA

¡He dicho que despedidos! ¡Fuera! Don Inocencio les dará a ustedes la cuenta.

Mutis los tres Criados por el foro.

ESCENA V

ANGELA y DIEGO

DIEGO

De poco te escandalizas, prima Angela...

ANGELA

¿De poco, dices...? ¡Estos lacayos, de alma de lacayos, que en cuanto cruza una moneda ante sus ojos muestran lo que son y de dónde vienen...! ¡Es un asco verse obligada a la compañía de estas gentes! ¡Pero los tiempos son de eso, de villanos y de codicias...!

DIEGO

Si supieras cuántos llevan por dentro la misma librea...

ANGELA

¡No!

DIEGO

Entre los que visten frac, hay menos ocasiones de repartirse propinas; pero cuando el reparto llega se insultan igual y se destrozan lo mismo.

ANGELA

No, Diego, no. Podrá haber egoísmos semejantes, no lo dudo, pero hay más corrección.

DIEGO

Como quieras. Ahora que yo, en frente de una codicia, no apuesto un céntimo por libreas ni por fracs.

ANGELA

¡Te engañas!

DIEGO

Como quieras.

ANGELA

Después de sentarse.

¿Qué haces de pie...?

DIEGO

Crecer.

ANGELA

¿Por qué no te sientas...? Y empezaremos la tertulia, que no hay razón para variar nuestras costumbres.

DIEGO

¿No...?

ANGELA

¡No!

DIEGO

Bueno.

Se sienta aparte.

ANGELA

La única manera de soportar las contrariedades es haciéndose superior a ellas. Por dentro puede uno sufrir..., ¡debe uno sufrir!; pero nadie ha de conocerlo para evitarnos la mortificación de que nos compadezcan...

DIEGO

Conformes.

ESCENA VI

DICHOS: CONSTANZA por derecha; luego CLARA y LEOPOLDO por izquierda.

CONSTANZA

Buenas noches...

ANGELA

Secamente.

Buenas noches.

CONSTANZA se sienta.

ANGELA

¡Diego!

DIEGO

Que marchaba disimuladamente.

No me marchaba.

Se sienta.—Pausa.

CONSTANZA

Tardan en bajar.

DIEGO

Sí...

Pausa.

CLARA

Buenas noches, abuela...

ANGELA

Buenas noches...

Se sientan.—Pausa.

DIEGO

Ha hecho un día hermoso... de temperatura.

ANGELA

Sí.

CLARA

El tiempo parece asegurado...

ANGELA

Sí...

Pausa.

DIEGO

La vaca ha muerto.

ANGELA

Compraremos otra.

Pausa.

DIEGO

Quizás no sea tan buena.

ANGELA

Pero será distinta, y eso, por de pronto, ya es mejorar.

DIEGO

Y después ya veremos.

ANGELA

Todo necesitamos verlo: antes, parecen muchas cosas increíbles.

CONSTANZA

Abuela...

ANGELA

Hablo con Diego, no contigo. Pero si te molesta...

CONSTANZA

Abuela...

Pausa.

DIEGO

Aburrido, hace una pajarita de papel de periódico.

La velada promete...

LEOPOLDO

Pero quién iba a sospechar que Ismael y...

DIEGO

Después de mirarle.

Nadie.

CLARA

Con aquella facilidad en el préstamo has debido sospecharlo tu también.

LEOPOLDO

Digno.

De sospecharlo no habría acudido.

CLARA

Eso ya no tiene remedio.

¿Qué decís?

ANGELA

Nada: pláticas de familia...

DIEGO

Pausa.

LEOPOLDO

Levantándose.

Creo que no hemos puesto las corbatas en el baúl... Voy a ver...

CLARA

Siguiéndole

Deja, yo miraré.

LEOPOLDO

No, yo iré.

CLARA

Iré yo.

DIEGO

No se nota que es un pretexto para largarse de esta cripta...

ESCENA VII

DICHOS: CRIADO 1.º luego CRIADA por el foro.

CRIADO 1.º

Señorito Leopoldo, que haga usted el favor de ir al despacho.

LEOPOLDO

¿Para qué...?

CRIADO

Le llama el señor Duque.

CRIADA

Rápida.

Señorito Diego, que vaya usted inmediatamente.

CLARA

¿Pasa algo?

Mutis LEOPOLDO por foro,
y criado.

DIEGO

No. Que Augusto lleva unas horas discurriendo... y se le habrá calentado el motor.

CRIADA

¡Que vaya usted deprisa!

DIEGO

Saliendo lentamente.

Ya veréis cómo es eso.

Mutis por el foro.

CLARA

¿Está solo el señor?

CRIADA

Con...

ANGELA

Con quien sea; no tenemos curiosidad.

Mutis, Criada.

CLARA

Sí la tenemos, abuela, sí.

ANGELA

No. Sientate.

Pausa.

ESCENA VIII

DICHOS: LEOPOLDO por el foro.

LEOPOLDO

Rápido.

¡Clara...! ¡Clarita! ¡Ven!

CLARA

Asustada.

¡Ay...! ¿Quién es...?

LEOPOLDO

Cogiéndola.

¡Ven..., ven...!

Mutis los dos por el foro.

CONSTANZA

Levantada; intranquila.

¿Abuela...?

ANGELA

Nadie me llama; no tengo por qué ir. Ve tú, si te parece.

CONSTANZA

Dejándose caer lentamente.

No..., yo no.

Pausa.

ESCENA IX

CONSTANZA Y ANGELA

CONSTANZA

¿Quieres tu labor?

ANGELA

No.

Pausa.

CONSTANZA

¿Quieres un libro... o un periódico?

ANGELA

No.

Pausa.

CONSTANZA

¡Abuela...! ¡Por compasión! ¡Háblame! Hace más daño este silencio y esta frialdad tuya.

ANGELA

¿Para qué...? Tus opiniones no son las mías. Dicen que eres libre de escoger tu camino, ¿ya le escogiste...?

CONSTANZA

Yendo a ANGELA.

¡Pero riñeme siquiera! ¡Riñeme, abuela!

ANGELA

No. Ha pasado la edad de riñas y de consejos. Ahora estamos en las rebeldías, que se llaman voluntades, y en las faltas de consideración, que se llaman caracteres enérgicos. No queda más recurso que el destrozarte a tí... o

destrozarme yo; no me seduce ninguno de los dos.

CONSTANZA

Abrazándola.

¿Ya no crees en mi cariño por tí...?

ANGELA

Levantándose y apartándola
friamente

Un favor te pido, Constanza, un favor nada más. ¿Quieres a ese hombre...? Quiérello. ¿Vas gustosa a una alianza desigual...? Ve. ¿No te duele el romper los lazos de tu sangre...? Rómpe los. Pero no añadas la falsedad de mezclar el cariño suyo con el mío, que a mi no me puede querer quien se complace en arrancarme las ilusiones, las creencias, los prejuicios—si tú, más sabia, has decidido que sean prejuicios—; pero al fin, arrancarme de un golpe y para siempre cuanto he creído y adorado.

CONSTANZA

Y contra esa injusticia, ¿qué voy a decirte yo?

ANGELA

No digas nada, que será lo mejor.

CONSTANZA

Deteniéndola.

¿Pero qué he de hacer para convencerte...?

ANGELA

Todo, menos preguntarlo. Si han podido borrarse de tu recuerdo mis sacrificios y mis afanes; si no te preocupan mis años, que por viejos debían ser sagrados para tí; si no compartes mis respetos a la tradición y al hogar, que yo te enseñé y que por lo visto tú no has aprendido... ¿qué te voy a aconsejar yo, Constanza, sino que te marches, que te marches, que te marches...?

CONSTANZA

A tu socorro acudes, abuela, y no seré yo quien te replique; pero aún no dijiste nada contra Ismael.

ANGELA

Ni pienso nombrarle.

CONSTANZA

¿Le desprecias...?

ANGELA

Aún no llegué a tanto.

CONSTANZA

Pero si yo he de rechazarle, ¿algo le diré...? Y ese algo me falta por saber. Todo lo que somos nosotros, y más que fuéramos, para nosotros está muy bien, y cuando hablas de estirpes, de líneas, de blasones, hablas de lo nuestro nada más; pero a él, a él, contra él, ¿qué digo yo, abuela?

ANGELA

Eso mismo.

CONSTANZA

No lo va a entender... Y quizás yo no encuentre seguridad en mi acento para evocar a los antepasados cuando él hable del porvenir, que es muy enorme la distancia y el calor no llega, aunque llegue la luz.

ANGELA

Ese hombre no persigue más que ennoblecerse y dorar su dinero.

CONSTANZA

¿Tan poco valgo?

ANGELA

¡¡Mucho!!

CONSTANZA

Entonces por mí puede venir...

ANGELA

No lo creas, viene a emparentar solamente.

CONSTANZA

Si las cosas no se miran más que del lado mezquino, ¡ay, abuela, con qué lógica podrían acusarme de ir tras de su fortuna!

ANGELA

Tú no la necesitas.

CONSTANZA

¿Y él nuestra parentela...? ¡Menos aún! Para nosotros, que respiramos esta atmósfera y no queremos averiguar si hay otras, sí que es necesaria, ¿pero... él...?, él, que conoce de sobra que hay otros mundos y que se llega a la cima por otros caminos; él, poderoso y adulado; él, que se hizo a sí mismo, ¿va a creer que somos nosotros más que él...? No, abuela, no; Ismael me quiere.

ANGELA

¡Estás engañada!

CONSTANZA

También él lo está imaginándose que yo merezco tanta lucha... ¡Y también lo estás tú; que lo tratas de enemigo y aún sigues sin decirme nada contra él.

ANGELA

Y aunque te quiera, ¿es tan furioso, tan desesperado tu amor por ese advenedizo, que no puede aguardar a convencerme de que te merece ni aguardar siquiera a que yo desaparezca...?

CONSTANZA

¡No digas eso!

ANGELA

¿Tanta prisa os corre esa maldad para conmigo?

CONSTANZA

¡No me martirices más, abuela!

ANGELA

Es una ceguedad, Constanza, una ceguedad que ha de amargarte la existencia. ¿Quieres verme de rodillas?

CONSTANZA

¡Abuela!

ANGELA

Aplaza tu consentimiento hasta que yo desaparezca... Nada más que a eso... y yo te prometo que será muy pronto.

CONSTANZA

¡Abuela!

ANGELA

¡Por mí... por mí!

CONSTANZA

¡Romperé!

ANGELA

Aplazarlo basta...

CONSTANZA

¡No basta, que aguardar por tu muerte es deseable, y yo no trafico con el dolor ni aun para buscar la felicidad.

ANGELA

No podríais ser dichosos.

CONSTANZA

¡Romperé, abuela, romperé!

ANGELA

Son tan diferentes vuestros pensamientos, vuestra cuna, vuestras ideas...

CONSTANZA

¡Romperé, te digo! ¡Y no por ideas, ni estirpes, ni blasones, que por muy amados que me sean, fantasmas son y de fantasmas no me guío...! Pero romperé por tí, abuela, por tu ca-

riño, por tus ruegos, por tu pena... que eso sí que es verdad y eso y más se que te debo!

ANGELA

¡Constanza... Constanza... no sufras...!

CONSTANZA

Déjame sufrir, abuela, ¡que eso es lo menos que puedo hacer por mi cariño!

ANGELA

Invocando.

¡Has oído mis ruegos...! ¡Gracias, Dios Todopoderoso, que miras y que velas por la raza de Arazal!

Mutis lento, ANCELA por derecha.

ESCENA X

CONSTANZA: ISMAEL por izquierda.

ISMAEL

Acercándose despacio y al fin toca suavemente en el hombro a CONSTANZA.

CONSTANZA

Que no ha visto entrar a ISMAEL

Romperé, te digo...

ISMAEL

¿Con quién hablas?

CONSTANZA

Levantándose.

¡Ismael!

ISMAEL

¿Con quién...?

CONSTANZA

Dominándose; suavemente.

Contigo... Sin saberlo, pero contigo hablaba

Sonriendo, pero con visible esfuerzo.

Esta tarde no pude responder... lo inespera-

do... eso es, lo inesperado... y yo te agradezco... te agradezco infi... infinito...

ISMAEL

Cogiéndola, brusco.

¿El qué...? ¿Qué gratitudes son esas que vienen tan a destiempo, que no aciertas a decir las?

CONSTANZA

Que yo no puedo aceptar...

ISMAEL

Apartándose sonriente.

¿Se niegan?

CONSTANZA

¡Yo, yo!

ISMAEL

¿Tú...? ¡Ellos! Los que aún pretenden conservar las castas, porque les ha ido bien con la diferencia. Ellos, ellos; pero ellos no sospechan que a fuerza de prescindir de nosotros, hemos llegado nosotros a aprender que no los necesitamos a ellos para nada. Son ellos, ¿verdad?...

CONSTANZA

No...

ISMAEL

Ni jurándolo, ni puesta en cruz, te lo creo. Para mentir también se necesita experiencia, y tú no la tienes. A mí, por mí, no me espantan los siglos que pueda reunir un apellido, pues acostumbrado a luchar con hombres que se defienden, no voy a tenerle miedo a los fantasmas de una genealogía, que además ya acuden indefensos al combate, porque no pueden hablarme sino de lo que fueron cuando yo les hablo de lo que ahora mismo soy. Lo presente es lo que vale; lo porvenir, es lo que se cotiza; lo pasado no es más que lo que se descuenta.

CONSTANZA

No tan en absoluto...

ISMAEL

Cariñoso.

En absoluto, Constanza de mi vida, en absoluto. De todas las verdades que encontramos, la verdad más grande es la del momento; la futura..., ya veremos si viene; y la pasada, sólo es cierto que ya pasó.

CONSTANZA

Aún hay algo más...

ISMAEL

Aun queda todo, puesto que aún quedamos tú y yo. ¿No me quieres tú, Constanza? ¡Para esto no basta callarse y bajar los ojos! ¡Es preciso la voz y el gesto y la mirada..., todo! Porque además de que tú lo digas, necesito convencerte yo. ¿No me quieres, Constanza?

CONSTANZA

Suavemente.

No...

ISMAEL

Soltándola.

¿No me quieres, Constanza?

CONSTANZA

Sin defenderse, pero con más voz.

No, Ismael.

ISMAEL

Soltándola.

Pero, ¿por qué... por qué? Antes me querías?

CONSTANZA

Y ahora como antes; pero no alcanza para afrontar la lucha.

ISMAEL

A media voz.

Mentira...

CONSTANZA

No es lo bastante para sacrificar lo demás...

ISMAEL

Más fuerte.

¡Mentira!

CONSTANZA

Y prefiero que nos separemos..., sin haber-
nos unido.

ISMAEL

A toda voz.

¡Mentira! Has vuelto a dejarte prender en las
mallas de esa quimera; pero yo las haré peda-
zos, yo las romperé. Ven tú a mí, que ellos ven-
drán también; pero antes de que vengan llora-
rán lágrimas de sangre...

CONSTANZA

Sorprendida.

¡Ismael!

ISMAEL

¡Y tendrán espantos de ruina y visiones de
pobreza, que yo he de perseguirlos y acorralar-
los y vencerlos!

CONSTANZA

Espantada.

¡Ismael!

ISMAEL

¡Yo los venceré, yo!

CONSTANZA

Fiera.

Y a mi con ellos, que los míos son y no los
abandono.

ISMAEL
Sorprendido.

¡Constanza!

CONSTANZA
¡Y a tí soy yo quien te rechaza, yo quien no
acepta, yo quien no quiere, yo!

ISMAEL
¡¡Constanza!!

CONSTANZA
Yo soy. Ya puedes empezar a perseguirnos.

ISMAEL
No los perseguiré. Contigo y por tí, nada era
difícil; contra tí es imposible todo, que no hay
en lo humano un modo violento de obligar a
querer... Me entrego, me rindo, me doy por
vencido... No los perseguiré.

CONSTANZA
Piadosa ante la humildad,
Si ellos suplican y tú amenazas, ¿no com-
prendes tu, Ismael, que te pones del lado de
perder?

ISMAEL
¿Por qué es tu amor tan cobarde?...

CONSTANZA
¿Es cobardía querer bien a los míos?...

ISMAEL
¡Connmigo sí lo es, Constanza!

CONSTANZA
¿Y por qué me pides tú, amor que naces, que
yo sea ingrata con el amor que me hizo nacer a
mí?...

ISMAEL
Porque son distintos.

CONSTANZA
Si es verdad que lo son, no te enceles de los
otros y discúlpame a mí porque yo guarde algo

de lo mucho que me dieron, sin pedirme en cambio nada.

ISMAEL

¡Quiéreme, Constanza!

CONSTANZA

Si te quiero, Ismael...

ISMAEL

¡Pues ven a mí!...

CONSTANZA

No voy...

ISMAEL

¡Lucha!

CONSTANZA

No lucho..

ISMAEL

No seas débil, no te acobardes...

CONSTANZA

Si tuviera la valentía de abandonar a mi gente, mañana tendrías tu razón para decirme que que sé abandonar... ¡No, Ismael!

ISMAEL

¡Ven, Constanza!...

CONSTANZA

¡No!

ISMAEL

¡Mi Constanza!...

CONSTANZA

No, Ismael, no.

ISMAEL

Me doy por vencido; quiera Dios que no te des tu jamás por arrepentida.

CONSTANZA

El lo sabrá.

ISMAEL

El lo sabrá, pero no tú.

CONSTANZA

Adiós, Ismael.

Mutis por la derecha.

ISMAEL

Adiós.

Mutis, por la izquierda.

ESCENA VI

CLARA, LEOPOLDO, AUGUSTO y DIEGO por el foro.

Clara entra llorando y se sienta. Pausa. Leopoldo entra violento y se sienta zarandeando la silla. Pausa.

LEOPOLDO

¡No llores, te lo agradeceré, Clarita, que ahora no estamos para atender a tus nervios.

Pausa.

AUGUSTO

Entra y se deja caer en una butaca. Pausa. Levantándose airadamente.

¡En mi opinión, es una canallada! No tiene otro calificativo, ¡una canallada!

CLARA

Un robo.

DIEGO

Entra pausado y sonriente.

LEOPOLDO

¡Una estafa! Di que está muerto, ¡si estuviera vivo le!...

DIEGO

Le esperarías a que muriera.

LEOPOLDO

¿Yo?... ¡No me conoces!

DIEGO

Ni tú...

CLARA

¡Y no mereció ninguna de las atenciones que le prodigamos!

DIEGO

No seáis injustos. El tío Sebastián...

LEOPOLDO

¡No vuelvas a nombrarle, te lo prohíbo! En esta casa no se pronunciará jamás el nombre de ese ingrato.

CLARA

¡De ese traidor!

LEOPOLDO

¡De ese infame!

DIEGO

Ingrato, no; ni olvidadizo, tampoco. Sin debernos favores, nos deja a cada sobrino una manda de ciezo mil duros.

LEOPOLDO

¿Y eso que es, cuando nos debía toda la fortuna?

DIEGO

Os debía?...

CLARA

Sí, nos debía dejar...

DIEGO

¡Ah!... Pues yo las estimo extraordinariamente, y lo único que siento, a más de sentir la muerte, es no tener siquiera una docena de parientes, así, tan generosos.

CLARA

Contigo se ha portado muy bien, pero con nosotros muy mal.

LEOPOLDO

Porque tú no tenías ningún derecho a su herencia y nosotros sí.

AUGUSTO

En rigor, vosotros, tampoco. El desposeído soy yo.

LEOPOLDO

¿Tú?...

AUGUSTO

¡Naturalmente! Soy el sobrino en primer grado.

CLARA

¿Y lo que le hemos atendido, y las temporadas a su lado cuidándole?

AUGUSTO

Lo mismo que yo. Y además le tuve en mi casa.

LEOPOLDO

Con el dinero de todos; luego todos le hemos tenido.

CLARA

Y nosotros pondremos el pleito a los herederos

LEOPOLDO

Con las cartas del tío en que me llama su sobrino predilecto.

AUGUSTO

Poco a poco, ¿eh?... El pleito lo pondré yo.

CLARA

Y nosotros.

LEOPOLDO

Y lo ganaremos.

DIEGO

Lo ganarán los abogados.

AUGUSTO

Lo que yo te digo muy seriamente, Leopoldo, y confío en que no tendré necesidad de repetirlo, es que no te autorizo para que te entrometas en estos asuntos, que tú no tienes ningún derecho.

LEOPOLDO

Ya veremos con las cartas.

CLARA

Y no precisamos que concedas autorización.

AUGUSTO

Os ponéis muy insolentes y me veré obligado a deciros lo que pienso en vuestra conducta.

LEOPOLDO

¡Dilo, dilo!

AUGUSTO

Pues lo diré. Que eso es querer depojarme por segunda vez.

LEOPOLDO

Por lo visto, tú eras el que lo pretendías.

DIEGO

Vamos, vamos...

CLARA

Y tú no puedes hacernos esa ofensa a nosotros, que estás administrando como te da la gana nuestra fortuna y no te exigimos que la entregues.

LEOPOLDO

¡¡Basta, basta!! ¡Os entregaré inmediatamente vuestra legítima, por el gusto de no veros más, aunque sea menester que se pongan las fincas en pública subasta, ya que os portáis como unos saqueadores, como unos bandoleros!

LEOPOLDO

Amenazándole.

¡No digas eso, tío Augusto!...

AUGUSTO

Pues lo digo: ¡Bandoleros, bandoleros! ¡Peores que los del camino real!...

CLARA

A LEOPOLDO.

¡No se lo consentas!

LEOPOLDO

Encarándose.

Te enfadas porque el negocio no te ha resultado.

AUGUSTO

¡Tú eres el que piensas mal!

LEOPOLDO

¡No tanto como tú!

DIEGO

Vamos, vamos...

LEOPOLDO

¡Y como añadas una palabra, te estrangulo!

AUGUSTO

¿Tú a mi...? ¡Mequetrefe...!

ESCENA XII

DICHOS; ANGELA seguida de DON INOCENCIO por derecha

ANGELA

Que oyó y se detuvo horrorizada.

¿Sois vosotros...? ¿Vosotros, hijos míos, quienes sentís codicias de plebeyos y os expresáis con palabras de rufianes...? ¿Sois vosotros, hijos míos...? ¿Qué viento de tempestad ruje por nuestra casa...?

CLARA

El tío Sebastián ha muerto...

DIEGO

Ese es el detalle. Lo esencial es que la herencia pasa a otras manos.

ANGELA

¿Y por tan poco os decís tantas injurias...? ¿Qué necesidad tenemos de unos ochavos más?

AUGUSTO

Madre, tú no sabes...

DIEGO

Deteniéndole.

Calla; no es momento.

ANGELA

¡Y os veo airados y enemigos y en cólera, precisamente cuando os traigo la buena nueva!

LEOPOLDO

¿Un testamento posterior...?

ANGELA

Es más aún que dinero. Es la voluntad de Dios, honrando siempre en la tierra a la raza de Azaral. ¡La Raza, que no perece, porque el cielo la ampara visiblemente, y hoy ha tocado en el corazón de Constanza, iluminándolo, y la sangre no se mezclará; corriendo pura y limpia por nuestros blasones!

AUGUSTO

¡Madre...!

LEOPOLDO

¡Abuela...?

CLARA

A DIEGO.

¿Qué dice...?

ANGELA

Gozosa.

¿Aún no comprendéis...? Dígales usted que es verdad, don Inocencio.

DON INOCENCIO

Verdad es. Del cielo baja esa luz.

AUGUSTO

¿Pero el qué...? ¡Concluye...!

ANGELA

Gozosa.

¡Que yo la he convencido; que Constanza no se casará con Ismael!

¡Abuela! CLARA

¡Abuela! LEOPOLDO

A tiempo, yendo a ella.

¿Qué has hecho, madre? AUGUSTO

¿Tú estás loca, abuela? LEOPOLDO

¡Que nos pierdes! CLARA

¡Que nos arruinas! AUGUSTO

¡Que nos deshonras! LEOPOLDO

ANGELA
Estupefacta, balbuceando.
¿Que os deshonro... yo..., yo?

DIEGO
Que no pueden vivir sin otra savia; la suya se agotó.

AUGUSTO
Quería dejarte en la santa credulidad de tu posición y de tu fortuna, pero ya no puede ser. ¡Estamos arruinados, madre!

CLARA
¿No lo sabes...?

AUGUSTO
¡La ruina!

CLARA
¡La pobreza!

LEOPOLDO
¡La miseria! ¡La deshonra para nosotros, abuela! ¡Y eres tú quien la trae!

CLARA

¡Tú, abuela!

AUGUSTO

Este quiere sus partijas; es natural. De treinta, que dejó el abuelo, quedan en quince. Yo he de pagar sesenta mil duros... Nos quedan, malamente, ocho mil de renta, si Constanza no pide su parte. Y añade que es preciso vender en condiciones deplorables. Ahora tú dirás lo que eliges...

ANGELA

Espantada, sin poder hablar

Yo... yo...

AUGUSTO

Encamínala de nuevo a esa boda...

LEOPOLDO

Que es la salvación.

CLARA

¡La salvación de todos!

DIEGO

Y el amor. No lo cuentan...

AUGUSTO

Cuando, después de todo, no hay motivo grave ni leve para oponerse... o hundirnos. Escoge pronto, madre, escoge, que la hora apremia.

LEOPOLDO

¡Y hay que vender las tierras...!

CLARA

Y el palacio...

AUGUSTO

Y avergonzarnos, humillarnos...

LEOPOLDO

Tú no lo puedes consentir, abuela, si es cierto que quieres a los tuyos y a tu nombre.

CLARA

Constanza va encantada; pero, aunque fuese un sacrificio, debías imponérselo...

AUGUSTO

¡Sálvanos; madre!

LEOPOLDO

¡Sálvanos!

ANGELA

Yo..., yo...

AUGUSTO

Y si te niegas, será muy doloroso ir contra tí..

DIEGO

Cogiendo a AUGUSTO y a LEOPOLDO.

¡Basta ya! Habéis sido bien duros; no seáis ahora crueles insistiendo.

AUGUSTO

Piénsalo, madre...

LEOPOLDO

Piénsalo, abuelita... Las cosas son como son, y es inútil el estrellarse en un prejuicio...

CLARA

Haciéndole una caricia.

Perdónanos, abuelita, si te dijimos algo desconsiderado; pero era preciso que lo supieras...

ANGELA

Como atontada; embrutecida por el golpe.

Yo. ., yo...

LEOPOLDO

Llevándola imperiosamente

¡Clara!

DIEGO

Llevándose a LEOPOLDO y a AUGUSTO.

Dejadla; ahora no os podrá contestar; que hasta la voz le falta y le falta el ánimo, de es-

panto, de angustia y de asombro que hay en ella. Si el que da el golpe suplera el dolor que da, vosotros mereceríais algo muy tremendo...

AUGUSTO

¿Qué mereceríamos?

DIEGO

Algo implacable...

LEOPOLDO

Acaba, ¿que?

DIEGO

Algo que fuera una expiación definitiva...

CLARA

¿El infierno?...

DIEGO

Peor que eso todavía. Mereceríais la pobreza.

LEOPOLDO

Tío Diego!

DIEGO

¡Dejadla, dejadla ahora...

Llevándose los. Mutis. DIEGO con LEOPOLDO y AUGUSTO. CLARA les sigue por el foro.

ESCENA XIII

ANGELA Y DON INOCENCIO

DON INOCENCIO

Hemos debido explicarnos mal la voluntad del cielo.

Pausa.

Sus designios llevan un sendero oscuro, por la torpeza de los mortales... ¡Señora Duquesa...!

Asustado, al ver que la mira espantada.

¡Señora Duquesa...! Repóngase..., no desfa-

llezca ante el golpe... Quizás Dios sea servido de engrandecer la casa de Azaral con esta alianza... Y ese señor Ismael me parece...

Espantado.

¡Señora Duquesa...! ¡No, a mí no me parece!
¡Señora Duquesa!

ANGELA

Yo..., yo...

DON INOCENCIO

¿Por que no llora un poco... si puede? Eso le haría bien, señora Duquesa... Constanza... Constanza... ¡Mire que viene doña Constanza!

DON INOCENCIO se retira unos pasos y ANGELA se vuelve, lenta, mirando fijo hacia la derecha. Pausa.

ESCENA XIV

DICHOS; CONSTANZA por la derecha

CONSTANZA

¿Abuela?... ¿Qué te pasa, abuela?

ANGELA

Yo... no tenía... razón. ¡Yo..., no!

CONSTANZA

¿En qué, abuelita de mi alma?... ¿En qué reconoces tú haberte engañado?...

ANGELA

¡Yo..., no!

CONSTANZA

¿Pero en qué..., en qué?... ¿En qué, Don Inocencio? En qué se engañó?

DON INOCENCIO

En la vida.

Interpretando el ademán de ANGELA.

Y en usted.

¿En mí...? CONSTANZA

Consiento... ANGELA

¿Qué dices...? CONSTANZA

Consiento... ANGELA

CONSTANZA
 ¿Pero en qué, en qué?... ¡Habla, abuela, habla, que tus palabras son de paz, pero tu gesto es de agonía! ¡Habla!

DON INOCENCIO
 Que meditó mejor su resolución, que no quiere violentar los efectos de usted...

CONSTANZA
 A ANGELA.
 ¿Es eso...?

DON INOCENCIO
 Y que si el amor de usted a Ismael es muy grande, la señora Duquesa de Azaral bendecirá ese amor, para que Dios lo bendiga también.

CONSTANZA
 ¿Es eso...? ¡Dilo tú, Abuela!

ANGELA
 Consiento... sí.

CONSTANZA
 Muy alegre.
 Gracias, abuela, gracias. ¡No sabes tú lo dichosa que soy ahora! Una vez más te debo mi felicidad... ¿Me dejas decírselo a padre...?

Marchándose por el foro.
 ¡Padre...! ¡¡Padre...!! ¡¡¡Padre...!!!

ANGELA

Al mismo tiempo, marchando
por derecha, muy lento.

¡Señor...! ¡¡Señor...!!

A mitad del camino tiene un
momento de debilidad física y
se apoya contra un mueble.

DON INOCENCIO

Apresurándose a sostenerla,
la coge de un brazo.

Animo, señora Duquesa.

ANGELA

Irguiéndose altanera.

¡No necesito de nadie para sostenerme! Es
mi voluntad que se casen... y en ella me obe-
decen.

Mutis ANGELA.

DON INOCENCIO

Tu bondad es inagotable, infinita, inmensa...
pero los medios de que te vales, Señor, des-
conciertan mi pobre espíritu...

Queda inmóvil.—Pausa.

ESCENA XV

DON INOCENCIO; DIEGO por izquierda

DIEGO

Cura... El mundo está mal hecho, mal orga-
nizado.

DON INOCENCIO

Ya lo sé.

DIEGO

Y el cielo... el cielo está muy lejos.

DON INOCENCIO

Eso no lo sé.

DIEGO

Te lo digo yo.

DON INOCENCIO

No me basta...

DIEGO

Algún día lo sabremos. Si lo sabemos, tienes tú razón; si no sabemos nada, la tenía yo.

DON INOCENCIO

Bueno, bueno.

DIEGO

¿Ya escapas...? Hoy era un gran día para estar serio, pero no lo consigo. ¡Y cuidado que lo procuro...! Reconócame esa buena intención!

DON INOCENCIO

Sí, señor.

DIEGO

Pero yo no tengo la culpa de que las cosas más graves presenten tantos aspectos ridículos...

DON INOCENCIO

Dispense que le abandone un momento. Ya tiene quien le acompañe...

Mutis DON INOCENCIO por derecha.

DIEGO

Decírselo a éste o decírselo a otro, para mí es igual. La cuestión es decírlas...

ESCENA XVI

DIEGO; ISMAEL por izquierda

ISMAEL

¿Y las señoras...? Quisiera despedirme. Ahora ya puedo hacerlo impunemente...

DIEGO

¿En qué consiste la impunidad?

ISMAEL

En saber que no les molesta: ¡al contrario...!
Disimularán su regocijo, viéndome acercar a
ellas humillado, vencido...

DIEGO

¿Qué dices...?

ISMAEL

Constanza me rechazó.

DIEGO

¿Qué dices, Ismael...?

ISMAEL

Ella. Fundida con los suyos, dominada por
los suyos, pero ella sola me rechazó.

DIEGO

Sin embargo, a tí te consta, lo mismo que a
mí, que Constanza te quiere.

ISMAEL

Sí. Pero en los seres débiles todo es debili-
dad; se amoldan como cera a la mano que los
oprime, y el valor que demuestran en algunas
ocasiones no está hecho de valor, sino de mie-
do. Me quiere, pero no lo bastante para com-
pensar riñas y enojos...

DIEGO

¿Y si cediera por bondad...?

ISMAEL

¿En holocausto...? No poeticemos. Ese asun-
to ha concluído y usted me obligará no recor-
dándomelo. Desde el momento en que es deci-
sión de ella, se concluyó.

DIEGO

¡Eres hombre de mucha suerte, Ismael! Cuan-
do no consigues tus deseos, te pones al lado el
desquite.

ISMAEL

¿Hoy también...?

DIEGO

También. El tío Sebastián ha dejado por herederos a la Beneficencia y a los hospitales; a éstos y a mí, unos legados Si tú riñes con ellos, y naturalmente no lleváis a cabo esas operaciones financieras, el derrumbamiento de la casa de Azaral es inmediato. ¡Un día épico, Ismael! Por la mañana, poesía; por la tarde, una comedia trágica, y de noche una epopeya, en que el destino es vencedor y los Fuentioñoros se desquician, se derrumban y se odian. «Ave, Ismael, morituri te salutam!»

ISMAEL

En todo ese puñado de verdades hay un error sólo, el que a mí se refiere. Yo no reñiré con ellos, Diego; yo no esquivaré mi concurso, Diego; Diego, yo cumpliré mi palabra.

DIEGO

¿Y les facilitarás?

ISMAEL

Cuando dije y como dije, y en el plazo que lo he dicho. El plebeyo se consideraría deshonorado si negaba sus compromisos porque le estorbaran sus amores. ¡No! Mi palabra tienen, Mi palabra cumpliré.

DIEGO

¡¡Ismael!!

ISMAEL

¿Qué?

DIEGO

Solemne

¡Ismael! Tu mereces que yo te tutue.

Sonriendo.

Gracias.

DIEGO

¡No te ofrezco más, porque ahí se terminan

los ofrecimientos que estoy seguro de cumplir!
Pero eso sí te tutearé toda la vida.

ISMAEL

Gracias.

ESCENA XVII

DICHOS; CONSTANZA por foro, en donde queda
apoyada en la puerta y sonriente.

DIEGO

Que ve a CONSTANZA son-
riendo.

Aguarda aquí para despedirte. Yo tengo pri-
sa de no sé qué, pero tengo prisa.

ISMAEL

Volveré...

DIEGO

Deteniéndole.

Aguarda. Que ahora llega a ti el Sol...

ISMAEL

¿El Sol?...

DIEGO

La Samaritana...

ISMAEL

¡Constanza!

DIEGO

¡Quién sabe de qué será mensajera!...

ISMAEL

Cogiendo ansioso a DIEGO;
a media voz.

Falló la herencia del tío Sebastián. Constan-
za viene como cebo de la codicia de ellos. No
la trae la bondad, la trae la ruina, y yo soy el
filón que explotan. ¡No quiero!

DIEGO

Nunca te importó lo que pensaron los demás... Constanza, ¿es lo que tu quieres?... ¿Que te importa ahora todo lo que no sea Constanza misma?... Aguarda.

ISMAEL

No.

DIEGO

En este minuto estás contradiciendo tu vida... Y además, sería injusto que hicieras responsable a Constanza, que lo ignora todo.

CONSTANZA

Risueña; gozosa.

Ismael...

DIEGO

Deteniéndole.

¿Tienes miedo?... Para eso no valía la pena de proclamarse fuerte y luchador. Aguarda.

Mutis DIEGO por izquierda

ESCENA XVIII

CONSTANZA e ISMAEL

CONSTANZA

¡Ismael!...

Avanzando lenta.

Yo no hay obstáculo en nuestro camino. Dejan libre mi decisión; ¿quieres volver a preguntar lo que antes no me dejaban responder?...

ISMAEL

No...

CONSTANZA

Que no, dijiste; pero mi cariño no se paga de palabras, que el rencor los empuja y el viento las llevará... Y otra vez te digo, como si a la

primera no hubieses contestado: ¡Ismael!... ¡Ismael!... ¡Libre dejaron mi decisión! Pregunta, que a responderte vienen.

ISMAEL

Ya sé por qué te inclinan ahora; pero yo no soy juguete de ellos.

CONSTANZA

Más que yo sabes..., pero me da el corazón que aún sabes menos.

ISMAEL

Quizás...

CONSTANZA

Porque de ti y de mí no sabes nada. Me llamaste débil porque obedecí al influjo de los míos, de los que son mi familia, mi sangre, mi cariño de toda la vida; y tú, que ibas a destruirlos y a vencerlos, estás indeciso y alejado de mí por lo que piensen o dejen de pensar los que ni siquiera son tuyos.

ISMAEL

¡Constanza!...

CONSTANZA

¿Y eres tú Ismael de la Peña? ¿Mis ojos ven claro creyendo que eres tu el fiador de tu propia voluntad y el que no cuenta sus enemigos?... ¿Qué amparo me brindabas, si para ti no tienes un arranque?

ISMAEL

¿Sabes por qué te dejan venir a mí?... Por mi fortuna.

CONSTANZA

¿Sabes por qué me dicen que vienes tú?... Por mis blasones.

ISMAEL

¡Mentira!

CONSTANZA

Pon mentira en lo mío también y ya hemos apartado, de una manotada, todo lo que es de los demás, y volvemos a quedar solos tú y yo para resolver lo que al fin y al cabo es únicamente tuyo y mío.

ISMAEL

¡Constanza!

CONSTANZA

Pregunta, Ismael, pregunta, que están propicios a responderte.

ISMAEL

¿Me quieres, Constanza?

CONSTANZA

Te quiero, Ismael. Y cuando vengo a ti...

ISMAEL

¿Ya has venido?... Calla, que el resto no tiene valor.

CONSTANZA

Nosotros se lo daremos.

ISMAEL

¡Calla! Tú a decirme que me quieres, solamente a eso, que con eso todo lo resolvemos, sabedores ya de que la familia, La Raza, el mundo para nosotros, somos nosotros dos. Lo demás no es nada.

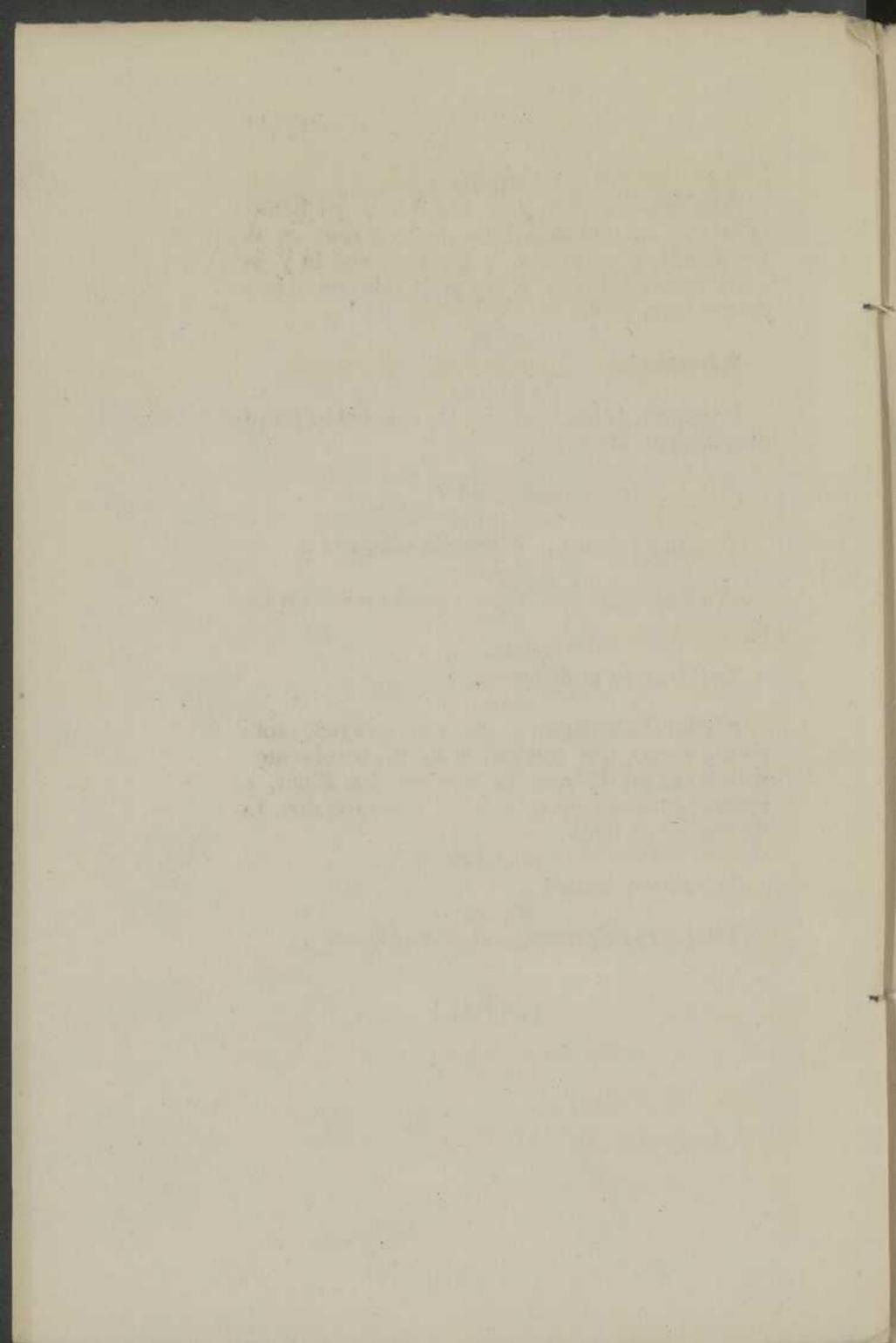
CONSTANZA

Te quiero, Ismael...

ISMAEL

Te quiero, Constanza de Fuentioñoro...

TELÓN



PRENSA POPULAR

Obras publicadas

Manuel Linares Rivas

LA GARRA.

LA FUERZA DE MAL.

FANTASMAS.

LA RAZA.

COMO BUITRES.

LA ESPUMA DEL CHAMPAGNE

AIRE DE FUERA.

EL ABOLENGO.

NIDO DE ÁGUILAS.

LA ESTIRPE DE JÚPITER.

MARÍA VICTORIA.

EN CUARTO CRECIENTE.

En preparación

COMO HORMIGAS.

LAS ZARZAS DEL CAMINO.

THE HISTORY OF THE

REIGN OF

CHARLES THE FIRST

BY JOHN BURNET

ESQ.

IN TWO VOLUMES

THE SECOND VOLUME

CONTAINING

THE HISTORY OF THE

REIGN OF

CHARLES THE FIRST

BY JOHN BURNET

ESQ.

IN TWO VOLUMES

THE SECOND VOLUME

CONTAINING

THE HISTORY OF THE

REIGN OF

CHARLES THE FIRST

BY JOHN BURNET

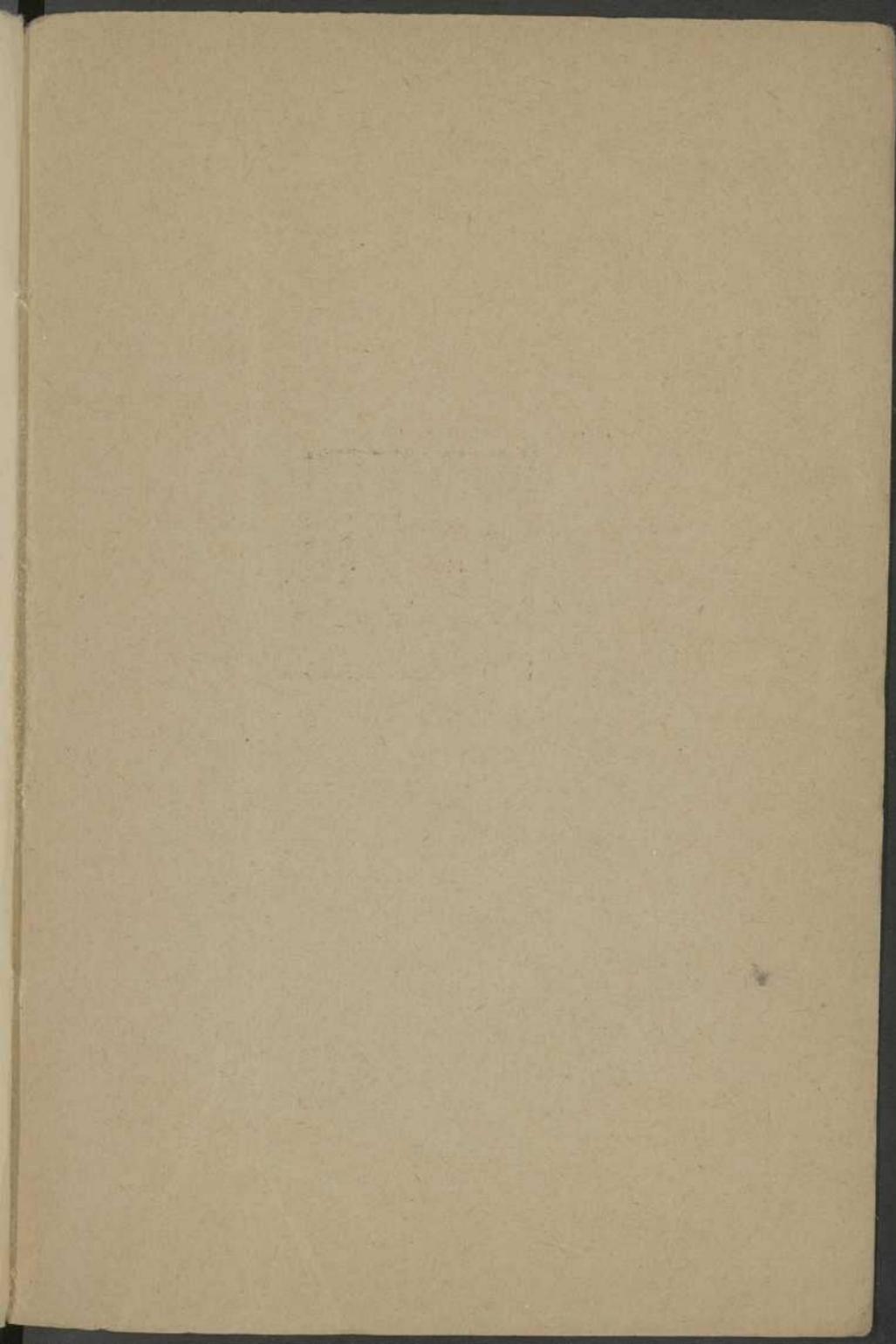
ESQ.

IN TWO VOLUMES

THE SECOND VOLUME

CONTAINING

THE HISTORY OF THE



Núm. 6, Esp.

La novela Teatra

13-V-20

**Linares
Rivas**

**LA
RAZA**

3 Pts

Premsa

26535